



Leonardo Castellani

El nuevo gobierno de Sancho

Índice

- Al lector
- Prólogo
- Pragmática en soneto de don Quijote de la Mancha a su leal escudero Sancho el Único al mandarlo a regir la Ínsula Agatháurica
- 1. Los nuevos tirteafueras
- 2. El Lobo y el Cordero
- 3. La Información
- 4. El Tanguista
- 5. El Maestro
- 6. El Filósofo
- 7. El Profesor de Poesía
- 8. Los dos muertos
- 9. El Sábelotodísimo
- 10. El Estudiante de Tucumán
- 11. Venido de Europa
- 12. Los Cortesanos
- 13. La Zahorí o Detectara
- 14. Lenguas Vivas
- 15. La camisa del Hombre Feliz

16. La Muchacha Moderna
 17. La máquina de Ganar a la Ruleta
 18. El Taita Oficial de la Historia
 19. La Cruz de Guerra
 - 19 bis. Cooperador Primero
 - 19 ter. Reforma de la Enseñanza
 20. La cobardía
 21. El Hombre Que Decía la Verdad
 22. La Reforma de los Refranes
 - 22 bis. Preguntas peliagudas
 23. Los Siete Asaltantes
 - 23 bis. Fray Pacífico Q. Ch.
 24. El Fabril de Frases Hechas
 - 24 bis. Vigilia de armas
 25. Decoro y caída
- R. I. P. Epitafio
- Compuesto en memoria del difunto Sancho Panza por el ilustre académico suplente de guardia de la escuela de don Ceroco Macero
- Soneto epitáfico
- Compuesto en memoria del segundo infructífero gobierno de Sancho, por Gaspar Rupachino, poeta mayor y alcalde de menor voto en la Ínsula Agatháurica
- Anexos en verso
- Oración a Santa Clara Ex Patrona de Buenos Aires
- Contra la Pravedad Herética (1807), mandada escribir por Sancho el Ínclito en los pizarrones de todas las escuelas de la Ínsula
- Franklin D. Roosevelt (†12 de abril de 1945)

Al lector

Tanto el autor como el traductor deste libro consideran inútil advertir, y sin embargo advierten, que no hay en él retratos de personas sino caricaturas de vicios, caricaturas exageradas a la Muñiz o al modo del Hombre que no tuvo infancia. No hay pues en él, lo repetimos, ninguna alusión directa a la menor persona viva; y si alguno se llegare a dar por aludido, tendremos que decir, como el paisano, que recién conocimos que era cofrade cuando lo vimos tomar candela. Otra cosa es cuando se nombra una persona literalmente; es señal entonces que es un amigo del traductor o del autor, como los dos que salen en esta advertencia.

Cide Hamete Benengeli (h.)

Jerónimo del Rey

Prólogo

De las fecundidades herenciales que el espíritu hispánico, es decir don Quijote, desparramó en América y que son dos, a saber: idioma y sabiduría, habría que hacer un inventario nuevo para determinar qué parte nos tocó a los argentinos y en qué modo nosotros la hemos dilapidado; porque ya de esa herencia tradicional se canta y llora poco -casi nada- entre la población del que fue virreinato del Río de la Plata.

¿Qué ha sido del legado quijotesco en nosotros? ¿Qué nos quedó de él y qué no nos quedó? ¿Sabiduría o idioma? Al principio, las dos cosas; después, sólo el idioma; ahora, casi ni esto. Véanse, por etapas, documentos patentes: 1. El Martín Fierro de Hernández y Cancioneros populares del Norte; 2. El producido literario de la llamada «nueva sensibilidad»; 3. La literatura radiotelefónica y el tango.

De esta degradación se dio cuenta Lugones, ya entrado en madurez, e intentó subsanarla dentro de la órbita de sus actividades. Pero erró de estrategia en el proceso recuperativo; y en vez de comenzar por restaurar en sí y entre nosotros el alma de El Quijote -lo que yo llamo su sabiduría- se entretuvo en afanes literarios, gastó años y muchas energías en debates históricos, por esta rima sucia o aquel prosaísmo inepto (defensa del idioma), en tanto el pueblo criollo lo estaba precisando para empresas más anchas, huérfano de un cerebro y un corazón de mando que le era imprescindible para reconectarse con la memoria del señor don Quijote y con sus actitudes, que tenía olvidadas. Cuando Lugones advirtió el entuerto y enderezó su alfanje se encontró acorralado; lo arrebató la desesperación.

-10-

Pero no hay crisis que no deje enseñanzas y la primera la ha recogido el padre Leonardo Castellana, sindudamente una de las cabezas más seguras y una de las voces más auténticas, por su criolledad, que han pensado y hablado en nuestro país en los últimos años. No creo descubrir ningún secreto diciendo que el seudónimo Jerónimo del Rey es usado por el padre Castellani en sus obras literarias o de entretenimiento.

El traductor de Cide Hamete (h.), inventor de las crónicas que en este libro se reúnen, parece haber calado que lo que falta aquí es restaurar primero los dominios morales y espirituales de la tradición (tradición criollo-hispánica) y dejar para luego la recuperación -que será dada por añadidura- del acervo idiomático.

De allí que en estas páginas haya -según advierto- más sabiduría que adorno literario y todavía esto: cierto empeño evidente en jorobar la pureza lingüística, en escandalizar los preciosismos de habla, cuando estos preciosismos y purezas nada traen adentro que los haga apetentes, respetables u honrosos.

Por eso, cual si fuera cosa confabulada, el lenguaje de Panza a través de su actual exhumación, durante éste su nuevo gobierno inesperado, es fiel y demasíadamente sánchico, no como el que empleara en su primera exaltación al poder -recuerden los lectores de El Quijote que en aquella ocasión el Escudero llegó a usar una parla recatada y prudente, digna más de su Señor que no de él mismo-, y en cambio, por contraste, ahora es mayor su saber y su juicio.

El Sancho de este libro es lo que sobrevive de El Quijote en tanto sancho que anda por ahí, más capaz y más digno de gobernar un pueblo que aquellos otros sanchos (los políticos, dichos profesionales) cuyos amos no son, ni fueron nunca, ni serán quijotes. Porque hay criados que valen por amos, y amos que ni merecen ser criados; y del buen señor hereda virtudes el siervo, pero nunca del patán con traje de señor.

Así, Sancho se muestra, en éste su segundo apócrifo gobierno, tan grueso de modales y expresiones como sabio y prudente de índole -hasta vuelca en sonetos su experiencia del mundo-. Es ya la suya la sabiduría del -11- Caballero Andante -todo poeta y filósofo- transferida al Escudero -todo sentido práctico y viveza- por ese movimiento de las grandes culturas que florecen en una nobleza y fructifican en el pueblo. Y, más extensamente, es la sabiduría de la España teóloga y lírica vertida en la vivencia popular criolla a través de la copla, el refrán y el catecismo que los conquistadores trasladaron y esparcieron aquí. ¿Acaso no se ha visto que el gaucho es un perfecto caballero de la triste figura que ni escudero tiene, para mayor tristeza, en la desamparada soledad de su vida? ¿Y no hay en estas pampas hombres de fortín que son -ni más ni menos- Sanchos Panza sin amo?

Por muchas coincidencias y secuencias, Martín Fierro parece un don Quijote -de la pampa- burlado por la politiquería (ociosidad ducal), como el viejo Vizcacha parece un Sancho Panza sin señor -y por lo mismo puramente sancho- amañándose solo y a fuerza de refranes para dar al propio hijo del gaucho -¿el pueblo criollo de hoy?- consejos que parecen programas de gobierno:

«Yo voy donde me conviene
y jamás me descarrío.
Llevate'el ejemplo mío
y llenarás la barriga...
Hacé lo que hace la hormiga
no van a un noque vacío».

De la experiencia dolorosa del gaucho y la experiencia vergonzosa del viejo Vizcacha se nutre el Sancho Panza de este libro. Tiene del viejo chupador y angurriente, avisado y bribón, la socarronería y la malicia, o mejor dicho el simple maliciar; pero tiene también el afán de justicia, la caridad violenta, la creencia y el coraje del gaucho -Martín Fierro- con cuyos hijos se comprende tan bien en la escena final de su nuevo gobierno. Dichas analogías saltan a lo evidente en la audiencia que Sancho concede al «Gran Filósofo del Reino de Sepharlandia» (El Filósofo, página 59) con quien sostiene un contrapunto teológico de vastas proporciones, recordando a lo vivo la -12- payada entre Fierro y el moreno (Martín Fierro, versos 4050 al 4400).

Es, pues, un Sancho gaucho, integral, psicológico, éste que ha descubierto el padre Leonardo Castellani en las crónicas de Cide Hamete (h.). Un

Sancho que gobierna con sentido común en medio del común desvarío y que, en nombre del pueblo, opone cierta saludable barbarie -la barbarie nativa que diría Sarmiento- a la civilización extranjerista y postiza que improvisa la clase dirigente, esto es: los tirteafueras de la Ínsula. Que cuál es esta Ínsula no es preciso ni agradable decirlo. Aunque sin señalarla por su auténtico nombre, el autor nos la pinta con pelos y señales, en toda su esplendente corrupción a través de los gremios más caracterizados y de los entes más figurativos de la escala social.

Dos cosas precisaba el eminente sacerdote para llegar a su descubrimiento, que es la revelación más descarnada y cómica de nuestra actualidad cultural y política, social y espiritual. Primero: ser criollo, en la cristiana y libre acepción del vocablo, es decir: hijo puro de la tierra -tierra santafesina fue su cuna- con orgullo de serlo; segundo: tener una cultura universal, católica, que necesita a modo de perspectiva interna, aquel que amando a su patria se propone mostrarle, aunque sea por parábola burlesca, los errores del siglo para que el país sepa dónde y de qué manera puede reivindicarse.

Nadie mejor que el padre Castellani -varias veces doctor en la genuina y original convocación del título- podía hacer esta suerte de psicovivisección social que constituye El nuevo gobierno de Sancho. Factores concurrentes lo han conducido a un dominio profundo de la psicología y la sociología. Su inteligencia natural penetrante, su vocación para la cura de almas, su enrolamiento en el mayor ejército de escrutadores de almas cual es la Compañía de Jesús y, finalmente -aunque principalmente-, sus intensos y extensos estudios especiales, de los que quiero hacer un sumarísimo prontuario.

Doctorado en filosofía en el Seminario Pontificio de Buenos Aires hacia 1924, y evidenciadas sus talentosas predisposiciones, es becado en Europa, donde elabora sus -13- conocimientos a través de los claustros de más antigua tradición y fama.

En 1931 la Universidad Gregoriana de Roma le confiere, a su vez, el título de doctor en Filosofía y Teología. Durante los dos años subsiguientes (1932-1934), participa en los cursos de examen clínico de enfermos mentales del Asyle Sainte Anne de París, bajo la dirección del profesor George Dumas. Entretanto, concurre a la Sorbona, donde alcanza el diploma de Estudios Superiores de Filosofía, rama Psicología, y hace cursillos libres, además, con Marcel Jousse en L'École d'Anthropologie (psicología lingüística) y L'École Pratique des Hautes Études, y con el doctor Wallon en diversas escuelas de París. A mediados del año 1934, realiza un viaje de estudios para perfeccionarse en Heilpaedagogie (pedagogía psiquiátrica) en misión oficial patrocinada por la embajada argentina en Francia. Visita las escuelas de retardados y reformatorios infantiles en Milán, Munich, Innsbruck y Viena, acumulando experiencia en la materia de prevención social. Estudia bajo la dirección del profesor Seyss Inquart, por especial concesión de la legación argentina, del Niederoesterreicher Landes Regierung. Al promediar 1935 regresa a la Argentina e inicia tareas didácticas en las materias de su especialización. Dicta cursos en el Seminario Pontificio, Colegio del Salvador y, más tarde, en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario, donde gana, en oposición, la cátedra de Psicología. Infinidad de artículos, ensayos, conferencias, lo dan a

conocer en nuestro ambiente tanto en su pensamiento filosófico como en sus distracciones de inventor literario. Su estilo inconfundible torna amenos los temas más áridos. Entreverado en el tremendo lío de los problemas educacionales, escribe artículos de rotunda razón. Y el libro en que aparecen reunidos nos introduce en sus observaciones con esta copla de su hermano mellizo (Jerónimo del Rey) que merece un recuerdo:

«En mi Argentina, señores,
que ya no es aquella de antes,
hay muchos gobernadores
pero pocos gobernantes...».

-14-

Luego, para que no lo tachen de retórico puro, comienza a traducir, de adentro para fuera, las historias de Sancho que aquí se dan en bloque. Y bien, con ser un eminente profesor y escritor, un hombre de saber filosófico ahondado, el padre Castellani larga por la ventana todo lo inoficioso y exterior del ejercicio intelectual y didáctico: las terminologías convencionales (técnicas), los ritos y ademanes académicos, las pulcritudes y los eufemismos, y comienza a templar y a cantar las verdades que todo bien plantado hombre diría, como lo haría el mismo Martín Fierro, vale decir: con toda la voz que tiene. Por eso se verá que éste no es libro para intelectuales -en el sentido presuntuoso, asexual, agonizante y gimiente que dan a esta palabra algunos mercaderes del pensamiento manufacturado- porque es contrario al tipo intelectual que, más o menos oficialmente, ha creado el Estado Liberal en la Ínsula Agatháurica. Es simplemente un libro para la inteligencia cotidiana y corriente, sin prejuicio de castas minoritarias. Lo que no obsta, por cierto -como en los buenos tiempos clásicos-, para que sea un libro de hilaridad fecunda, cruzado de sarcasmos enjundiosos y pródigo en verdades que con frecuencia faltan en la literatura personal de nuestros humoristas diplomados y también en la obra de no pocos filósofos locales heroicamente dados actualmente a la tarea de salvar la cultura mediante la defensa del liberalismo capitalista...

Con el humor del pueblo, un rato campechano y otro rato porteño, el autor de este libro -o el de su inverosímil traducción- se ríe del cinismo solemnísimo con que viven los ínsulos de lata figuración (historiadores, periodistas, poetas, políticos, educadores, doctores, magistrados, etcétera) legalizando, o aceptando al menos, la trampa, la mentira, el mal gusto, el fraude, la sapiente ignorancia, la coima y la desocupación, como elementos primos naturales de la armonía social.

«Qué sería del pobre que en Dios crê,
si puesto en este loco mundo que
sostiene, no fuera chacotero!...».

dice Sancho en uno de sus sápidos sonetos que Cide Hamete (h.) le atribuye en El Hombre que decía la verdad. Y ese terceto clarifica el sentido con que el autor hace humorismo. No es el tipo de «humor» de que viven los graciosos profesionales ni el estilizado y pulcro de los chistosos románticos, ni el corrosivo y acre de los ironistas descreídos. Es el buen humor suelto y desconcertante con que pueden reírse los que tienen ganada la voluntad de Dios y de sus semejantes, frente a los que la quieren abolir o ganarla con trampas. Por eso mismo y porque son claras e instructivas las crónicas que forma esta extraña novela -algunas de las cuales se publicaron antes en revistas de no gran difusión- pueden ser populares y lo serán, sin duda, el día que el buen pueblo deje de leer pasquines y se acerque a escucharlas. Para este evento y como nuestro pueblo -al igual que gran parte de nuestra clase culta- hace rato que ha sido separado de la cultura clásica -hasta de sus ejemplos más corrientes- por obra de la prensa, del espectáculo, de la radio y del normalismo, parece necesario traer a la memoria el origen de ciertos personajes que en este libro resucitan y que, al igual que Sancho, son entes cervantinos. Por de pronto, apuntemos una genealogía elemental del inventor presunto y acusado, aunque no muy convicto, de la novela misma. El nombre de Cide Hamete, según mi moderada información, se lee por primera vez en el noveno capítulo de El Quijote cuando Cervantes, concluida la originaria primera parte de las aventuras de don Quijote, declara haber andado a la pesca de su continuación y conclusión y afirma haber comprado en Alcalá de Toledo un cartapacio viejo, lleno de infolios muy garabateados donde podía verse -gracias al traductor ocasional encontrado- este encabezamiento en signos árabes: Historia de don Quijote de la Mancha escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo.

El tal Benengeli, chivo emisario o caballito blanco -como dicen los cómicos- en quien Cervantes hace descansar la responsabilidad del memorial que había de resultar a la vuelta del tiempo el mayor monumento del -16-

habla castellana, resulta nada menos ser el progenitor del nuevo Cide Hamete, cuyas historias, constreñidas a Sancho, ha descubierto el padre Castellani vaya a saber dónde, pues él -sabiendo acaso que no es bueno mentar la sogá en casa del ahorcado- omite decirlo. Después de la experiencia de Cervantes, que inventó un Cide Hamete para descargo de su pudor genial, no quedan muchas ganas de creer que Cide Hamete hijo sea más real que su padre. Mas lo que no puede afirmarse debe dejarse sospechar siquiera, y al lector quede el cargo de conciencia.

Esto aclarado, entremos a mosquetear el jubiloso -aunque de triste fin- nuevo gobierno de Sancho. Nuevo gobierno en que Panza en persona se muestra renovado, como ya lo apuntamos, gracias a su reencarnación en ambientes criollos. El lector lo hallará esta vez en una serie de ocurrentes audiencias, rodeado de los mismos tinterillos ilustres que lo estorbaron en su anterior gobierno descrito en El Quijote, comenzando por el insoportable doctor Pedro Recio de Agüero, quien de médico que era de la gobernación de la Ínsula Barataria, resulta ahora descendido a ministro, o padre de los pobres, o introductor de tirteafueras sin puesto.

Esto de tirteafuera -lugar de nacimiento del doctor Pedro Recio- es, según Sancho lo calara de entrada, un modo de ser entremetido, procurador ilícito y gran amigo de la faramalla, y hace bien por lo tanto el autor de este libro en llamar tirteafueras a los representantes de la prensa, esos innominables personajes de escándalo, que hacen de médicos de la opinión publica a la cual matan por envenenamiento como Recio de Agüero quería matar por hambre a Sancho en su primer gobierno. Los demás personajes de la corte sanchesca no tienen nombre propio. Son el inevitable Maestresala, el Capellán, el Alférez, el Verdugo, los diversos Ministros, los Cortesanos, el Mayordomo de Palacio, etcétera, con los cuales la intrínseca nobleza de Panza no contó antes ni contará ahora para nada, pues está escrito que en la Ínsula Agatháurica son los mangoneadores del poder los que conspiran con mayor denuedo y deslealtad contra el recto sentido y el honor de la Ínsula, como que -17- a ellos se debe la invasión forastera que hace caer a Sancho del poder. Dicho lo cual, e imitando al propio Sancho Panza, quiero dar la señal de los festejos, los cuales esta vez consistirán en una espléndida ingestión de risa para los buenos y de admirables bochornos para los insularios renegados¹.

Juan Óscar Ponferrada

-[18]-

-19-

Pragmática en soneto de don Quijote de la Mancha a su leal escudero Sancho el Único al mandarlo a regir la Ínsula Agatháurica

Humilde soledad, verde y sonora
de las extrañas ínsulas de allende,
do un mar de grama en cielo añil se extiende
en profunda quietud aquietadora.

Pampa vibrátil, hija de la aurora,
desde el Río-Cual-Mar al Ande duende
nacida a ser, si su blasón no vende,
de la indígena América, señora.

Hija mayor de España que soñando
yo, la Reina Católica y Fernando
de Aragón y Castilla al mundo dimos...

¡Cuerpo de Dios y de Santa María!

¡y en el nombre de aquesta espada mía
tómala, Sancho, y salva su natía
promesa de laurel y de racimos!

1. Los nuevos tirteafueras

Apenas el perpetuo descubridor de las antípodas, hacha del mundo, ojo del cielo y meneo dulce de las cantimploras hubo traspuesto el horizonte, tomó asiento el nuevo Gobernador en su trono soberano, y llamando al doctor Tirteafuera le dirigió las siguientes demandas:

-Señor Doctor, Vueseñoría que es letrado y conoce los clásicos, ¿qué es El Sol?

-El arte de ganar batallas con corte y quebrada.

-¿Y la Crítica?

-Es llevar la guerra europea a paso de tango.

-¿En qué se diferencia la crítica del sol?

-En que el sol es inter folia, fructos y la crítica es inter folia, bructos.

-¿Nada más que eso?

-¿Y le parece a Su Majestad poco?

-No me parece enorme.

-Pues puede que no sea ni tanto.

Reflexionó un segundo Su Excelencia, y pasando con parsimonia el mondadientes de la mandíbula inferior donde lo tenía a la mandíbula superior donde lo precisaba, prosiguió diciendo:

-Doctor Tirteafuera, Su Merced que es filósofo y ha leído a Aristóteles, ¿me podría hacer algunas profecías acerca de la guerra europea?

-Cuantas vengan a Su Majestad en apetito, Excelentísimo Señor.

-¿Cómo será la ofensiva?

-Inminente.

-¿Y el ataque?

-Furioso.

-¿Y la reacción?

-Enérgica.

-¿Y la defensa?

-Obstinada.

-¿Y la resistencia?

-Heroica.

-¿Y la caída?

-Descontada.

-¿Y la retirada?

-Estratégica.

-¿Y la maniobra?

-Prevista.

-¿Y las posiciones?

-Inquebrantables.

-¿Y los avances de patrullas enemigas?

-Rechazados.

-¿Y las fuentes?

-Fidedignas.
-¿Y las esferas?
-Autorizadas.
-¿Y los círculos?
-Generalmente bien informados.
-¿Y los mensajes de paz?
-Auspiciosos.
-[23]-

-24-
-¿Y las expectativas?
-Intensas.
-¿Y qué es lo que brilla entre las nubes?
-Un rayo de esperanza.
-¿Y está seguro Su Señoría que estas breves nociones contienen la médula del arte de la guerra?
-¡Lo juro, Majestad, en nombre de la Prensa Argentina!
El nuevo Soberano descruzó deliberadamente las piernas, después de lo cual volvió a cruzarlas del otro lado, y prosiguió diciendo:
-¿Cómo son los discursos de los dictadores?
-Violentos.
-¿Y sus procedimientos?
-Agresivos.
-¿Y sus pretensiones?
-Exorbitantes.
-¿Y sus actitudes?
-Intransigentes.
-¿Y sus intenciones?
-Criminales.
-¿Y sus gestos?
-Totalitarios.
El Gobernador de la Ínsula Agatháurica dio un puntapié por equivocación a una escupidera que había dejado abandonada junto al trono el paje de guardia, y prosiguió diciendo:
-¿Qué defiende el Comité contra el Antisemitismo?
-La Democracia.
-La Democracia, ¿qué produce?
-El Progreso.
-El Progreso, ¿qué causa?
-La Fraternidad Humana, por encima de todas razas y religiones.
-La Fraternidad Humana por encima de todas razas y religiones, ¿en qué se basa?
-En la Tradición Liberal Argentina.
-¿Quién lo dijo?
-Sarmiento.
-Basta.
-25-

Dicho lo cual, el eximio Gobernador, sin pasar más adelante, dio la señal de los festejos, los cuales consistieron principalmente en una danza de elefantes blancos con merluzas, arbotantes, chafarrinones y medias

proporcionales, acompañados de dos manteos de padre y muy señor mío con sus borlas y pasamanerías de lo mismo...

2. El Lobo y el Cordero

Apenas hubo el rubicundo Apolo proyectado sobre la faz de la tierra su tórrido barniz fosforescente y policromado, y las canoras y pintadasavecillas, empezando por los gorriones y acabando por las campanas de los conventos, elevado a la gloria del amanecer sus armoniosos trinos, con la utilidad subsidiaria de despertar a destiempo a los vecinos, cuando llevaron al nuevo Gobernador, el cual había dormido regular no más, al Salón de las Poéticas Expresiones, para hacer un poco de descanso dominical.

Pero, no bien se hubo sentado Sancho Primero el Único en su trono, se oyó en las puertas de bronce un infernal pataleo y entraron al inmenso recinto -uno a grandes brincos caminando de espaldas, y otro resbalando suavemente por el bruñido y resplendente mármol- dos especies de bichos de ignota catadura.

El uno vestía mameluco de piel de Rusia con un gran colbac de pieles negras y cuadrada barba de cosaco y era un enorme jayán de hercúlea musculatura que caminaba como el cangrejo. El otro, era un niño envuelto en un manto blanco de nieve finlandesa con una especie de pezuñas de ébano que hacían de monopatín y una juvenil carita anaranjada de muñeca lapona o china. Sin el menor acatamiento al jerarca presente, los dos continuaron su absurda danza de skating y corcovo con gran rebullicio de aullidos y balidos en una condenada lengua que Sancho no calaba un verbo, parecida a la que hablan los argentinos de la calle Junín. Enojó a Sancho al fin tanta irreverencia, y preguntó al Presidente de Cultura, doctor Pedro Recio, entre furioso y atónito:

-¿Qué hablan éstos?

-Griego.

-28-

-¿Quiénes son?

-Son el Lobo y el Cordero.

-¿De dónde salen?

-De la famosa fábula de Esopo.

Desencadenose entonces el Jerarca, que no estaba para fábulas, y los conminó y conjuró tonantemente con las peores maldiciones que conocía:

-¡Jesucristo! ¡Satanases! ¡Ira de Dios! ¡Descreo en Martín Lutero!
¡Así os salve Dios como Inglaterra a Polonia! ¡Hablad en castilla corriente y moliente o bien salid al punto de mi gobernaril presencia!

Comidiéronse las bestias al oír esto, y volviéndose al Jerarca le hicieron una profunda reverencia, traduciendo ipso facto sus aullidos al castellano antiguo en la forma siguiente

LOBO;Prepárate a morir!

CORDERO; Yo qué he hecho, si vamos al decir?

LOBO; Me estás acometiendo,
amenazando, hurgando y agrediendo!

CORDERO; Yo agrediendo, señor, yo amenazando?
¡Dime de qué manera, cómo y cuándo!

LOBO; Tú, sí, fiero animal,
tú, y hasta en el hablar te se conoce,
pues tu frontera está tan sólo a doce
kims de mi Capital!

CORDERO En ese caso, para verla vera,
eres tú quien a mí amenaza y tose,
pues que tu Capital sólo está a doce
kims de la mi frontera.

LOBO; Silencio! ¡Ésas son tretas diplomáticas
propias de un ser mefítico y sofista
que yo no admito ni han de ser pragmáticas
en siglo de política realista!

CORDERO Si acaso sin querer falté a tu nombre,
dime tú mismo en qué manera y arte
delante de los dioses y los hombres
puedo desagraviarte...

-29-

LOBO; Sólo la guerra lavará mi agravio,
brame el bronce fatal y calle el labio!

CORDERO; Cielos! Mirad qué tal pica-pendencia.
¡Yo el ampo elevo a vos de mi inocencia!

LOBOSólo me puedo dar apaciguado
si en los plazos más breves
incontinenti tu frontera mueves
a 1200 kims de Lobogrado.

CORDERO; Eso es decir borrar a mí del mapa!
¡Oh, Dios, cómo es posible tal escapa-
toria si a 1200 kms de aquí
hay otro lobo que me acecha a mí!

LOBOTu vidébis! Non pértinet ad me!

CORDEROMEjor morir entonces en mi fe...

LOBO; Muere, injusto agresor,
a mis manos, la muerte del traidor!

dijo el Lobo rugiente, y se le echó al cuello como un collar, por las trazas dispuesto a hacerlo trizas. Todos los circunstantes cerraron los ojos por no ver la cruenta y lastimosa escena, y se hicieron los desentendidos -«total, decían, mañana lo leeremos en los diarios»-, menos el perínclito Gobernador, que tenía por ley gobernaril no cerrar los dos ojos ni para dormir. Pero desencajose la puerta de la portería en ese momento, que debía ser más falsa que portería de convento, y entró corriendo un hombre a los gritos, desencajado y anhelante:

-¡Detengan! ¡Detengan! ¡Paren todo, antes que se cometa una errata irreparable! ¡Una errata disforme, descomunal y fatal!

El recién llegado llegaba envuelto en un gran poncho de blanca lana -aunque algunos historiadores dicen que era algodón imitación lana-, en lo cual mostró más sentido común aunque menos mortificación que todos los curas de Buenos Aires en verano... ¿Dónde estábamos? ¡Ah!, venía vestido de sotana blanca con festones de fantasía. Además tenía dos enormes jorobas en vilo y era más feo que Cantilo. Sancho le dijo:

-30-

-¿Quién sois?

-Soy Esopo -dijo el emponchado.

-¿Qué pasa?

-La fábula estaba a punto de acabar mal.

-¿No acaba con la muerte del Cordero?

-Acabaría en tu tiempo. En nuestros tiempos, el final está corregido. He puesto una variante. Con el tiempo hasta las fábulas evolucionan. ¡Atención aquí, ustedes, bestias irrazonantes!

Hízoles el heleno unos cuantos pases magnéticos al Lobo y al Cordero, después de lo cual les habló al oído y les hizo la señal de la cruz, mandándoles al cabo que reanudasen el hilo de la entrerrota historia. Y aquí sucedió lo inesperado. El Lobo se arrojó ansioso sobre el Cordero, bramando «¡Muere, injusto agresor, a mis manos, la

muerte del traidor!» y lo aferró del cogote; pero el Cordero lo recibió con un uppercut en la mandíbula y un short al estómago con la zurda que lo tiró contra el muro trastabillando; después de lo cual se le fue encima y le administró metódica y paulatinamente una patiadura jefe, una desas que se llaman patiadura y no broma, balando al mismo tiempo: «Te voy a enseñar cómo las gastamos los corderos de hoy», que si no los separan, allí pasa cualquier desgracia, mientras el Lobo chillaba como un desesperado: «Asujetelón, sujetelón, sujetelón, que era no más que por gusto de hacer broma»; de lo que ríó Sancho no poco, aunque tampoco mucho. Lo cual visto por todos los Cortesanos, rieron consecuentemente no poco, ni tampoco mucho.

Entonces Sancho mandó dar al doctor Pedro Recio el Premio Nacional de Literatura; al poeta Esopo, una corona de laurel de ése que sirve para poner en la sopa, aunque no para pararla; al Cordero, la cantidad de 50000 fanegas de afrecho flor; en tanto que ordenaba terminantemente expulsar al Lobo del Club Social Lobos y Corderos, no tanto por ser lobo, sino por ver que era un perfecto desgraciado.

-31-

Y consiguientemente, no habiendo más asuntos que dictaminar, dio el feliz Gobernador la señal de los festejos, los cuales consistieron aquel día principalmente en la Paloma de la Paz saludada con una descarga de 21 cañonazos, uno de los cuales la abordó por la barriga y la mandó de un solo saque más allá del planeta Marte.

-[32]- -33-

3. La Información

Apenas hubo el rubicundo Apolo asomado su soñolienta y bonachona faz por las puertas y balcones de Punta del Este, cuando se irguió el nuevo Gobernador del lecho donde yacía con un acceso de dengue y se encaminó a la Sala de las Sumas Examinaciones para despachar los asuntos del día. Apenas húbese sentado en su trono cuando presentose un señor gordito y retacón, con un tarro de engrudo bajo el brazo, una tijera al cinto, una kodak en bandolera y la cara más vivaracha, ratonil y mona que han visto los siglos pasados ni esperan ver los venideros. Después de lo cual se entabló entre el Gobernador y el doctor Pedro Recio el siguiente diálogo:

SANCHO.- ¿Quién es?

RECIO.- Señor, es un aprovechado garzón destos reinos que acaba de acabar sus estudios.

SANCHO.- ¿Pariente de los Garzones de Córdoba?

RECIO.- No, señor, en modo alguno. Ni por pienso.

SANCHO.- ¿Y qué estudios ha hecho?

RECIO.- Estudios de periodista.

SANCHO.- ¿Dónde?

RECIO.- En todos los cafés, bares y bebederos públicos desta

Ínsula.

SANCHO.- ¿Qué leyó?

RECIO.- Todos los libros de la Editorial Tor y la Editorial

Claridad y además las obras completas de Vargas Vila, sin contar con que tiene aprobado el bachillerato argentino.

SANCHO.- ¿Qué demanda?

RECIO.- Demanda de su Prominencia solamente el merecido diploma de Redactor de Primera Plana, y, si fuera posible, el correspondiente puesto en el mejor diario de la Ínsula.

-34-

SANCHO.- Es muy justo; pero para ello no ignora Su Merced que es necesario un examen.

RECIO.- Estamos prestos.

Volvióse el Gobernador al hombrecillo, el cual había pelado incontinenti un paquete de cuartillas y una estilográfica, y afablemente lo examinó, diciendo:

-Señor periodista, ¿cómo se llaman las noticias del extranjero?

-Información.

-¿Y las noticias del país?

-Otras informaciones de carácter local.

-¿De qué hablará Chamberlain en su próximo discurso?

-De los fines de guerra aliados.

-¿Y en el otro siguiente?

-De los fines aliados de guerra.

-¿Y Daladier?

-De la unión moral de la nación francesa.

-¿Y Hitler?

-Del Tratado de Versalles.

-¿Y Roosevelt?

-Del cariño que tiene a Sudamérica.

-¿Y Cordell Hull?

-Del panamericanismo.

-¿O sea?

-Del amor que tiene a los intereses de Sudamérica.

-¿Y el candidato a gobernador?

-De su amor a la democracia.

-¿Y el ministro del Interior?

-De la pureza de los comicios.

-¡Muy bien! -exclamó Sancho con entusiasmo-. Y dígame un poco, ¿cómo son las incursiones nocturnas?

-Infructuosas.

-¿Y el fuego de artillería?

-Nutrido.

-¿O bien?

-Violento.

-¿Cómo se retiran las patrullas enemigas?

-En desorden.

-¿Y nuestras tropas?

-[35]-

-36-

-Habiendo obtenido todos sus objetivos.

-¿Qué dice el primer comunicado?

-Admite el hundimiento de un buque de guerra.
-¿Y el segundo?
-Rectifica que se trata de un viejo buque mercante armado en guerra.
-¿Y el tercero?
-Rectifica afirmando que se trata de un pesquero.
-¿Y el cuarto?
-Desmiente a todos los otros.
-¿Cuántos submarinos construyen los alemanes?
-Según ellos, 2 por día; según los ingleses, 1 por semana.
-¿Cuántos cruceros construyen los ingleses?
-Según ellos, 1 por semana; según los alemanes, 1/2 por mes.
-¿Qué queda en limpio?
-Sumando miembro a miembro y eliminando cantidades iguales de signo contrario, nadie construye nada.
-¿Cuántos buques han hundido los alemanes?
-Según ellos, 180; pero según los ingleses, sólo 40.
-¿Cuántos buques han hundido los ingleses?
-Según los alemanes, sólo 40; pero según los otros, 180.
-¿Suma líquida total?
-Sumando miembro a miembro y eliminando cantidades iguales, quedan hundidos una cantidad de neutrales.
-¡Magnífico! -clamó Sancho-. Y para acabar, ¿por qué peleamos nosotros?
-Por la justicia y el derecho.
-¿Quién tiene la culpa de la guerra?
-Los contrarios.
-¿Hacia dónde vamos con certeza?
-Hacia la victoria.
-La victoria, ¿qué traerá?
-Un mundo mejor.
-Un mundo mejor, ¿en qué consiste?
-En la fraternidad universal, por encima de todas razas y religiones.

-37-

-¿Quién va ganando la guerra?
-Los avisantes.
-¿Cómo dice?
-Gana la guerra aquel que le gusta más a los que dan al diario más avisos. Por ejemplo, la guerra española la iban ganando los rojos. ¡Al fin ganó Franco! Pero no fue por culpa nuestra.
-¡Sobresaliente! -exclamó Sancho-. ¡Todo lo esencial está, y en forma clara, sucinta y rotunda!
Y esto diciendo, púsose de pie con muestras de la más viva satisfacción; lo cual visto por los Cortesanos, se pusieron también de pie con muestras de la más viva satisfacción; y escucharon religiosamente el dictado del siguiente

Decreto

Considerando:

1. Que dada la próxima gran contienda cívica y consulta comicial, conviene economizar fondos a fin de destinarlos a nuevos hospitales,

nuevas escuelas, nuevos langosteros o sea empleados de la Defensa Agrícola, dado que los actualmente en función se han revelado insuficientes y completamente inadecuados.

2. Que dado el actual estado de guerra, muchísimos productos europeos se han comenzado a fabricar con éxito en el país, fomentando así la industria nacional, y no se ve por qué los telegramas y cables y noticias extranjeros no han de poder entrar por el mismo molde y método...

y 3. Que sobra talento en el país para escribir telegramas tan buenos, o sea tan truculentos, estupefacientes y sensacionales como los mejores importados de Europa...

En virtud de la potestad que me confiere mi cargo, yo, Sancho I el Único, Gobernador por derecho divino desta ínclita Ínsula, vengo en decretar y decreto:

1. Fúndase una gran Fábrica Única Central de Información Extranjera Monopolizada por el Estado, que será dirigida por el ilustre joven aquí presente.

-38-

2. Todos los diarios pasarán al Gobierno la suma que tienen destinada a información cablegráfica y cablefónica, el cual destinará una tercia parte al sostén de la F. U. C. I. E. M. y el resto a los benéficos fines arriba especificados...

Fírmese, comuníquese y cúmplase.

Dicho lo cual, dió el perillustre Gobernador la señal de los festejos, los cuales consistieron aquel día principalmente en el gallo de Morón en una pepitoria de ojos de gallo y espuelas de gallina, con salsa de espuelas de caballero y libros de caballería.

4. El Tanguista

A don Juan A. Carrizo, fijodalgo

Apenas hubo el rubicundo Apolo falseado dulcemente las puertas y ventanas del Universo y entrado en él sin saberse por dónde, cuando sacaron al señor Gobernador Sancho I de la iglesia, lo llevaron a la silla del juzgado y lo sentaron en ella para presentarle a juicio el primer criminal del día. Era éste un individuo joven, bien parecido, morocho, de ojos grandes y tiernos arrasados en lágrimas, que venía armado de facón, revólver, bolas, lazo, trabuco, guitarra, acordeón y organito titirimundi y vestido de poncho, galerita y botines de tacón alto, que no hacía otra cosa sino lanzar profundos suspiros y retorcerse desesperadamente las manos. Lo cual visto, el nuevo Gobernador movido a compasión lo interrogó diciendo:

SANCHO.- ¿Qué hay, buen hombre?

EL HOMBRE

Se me fugó la percanta.

SANCHO.- (Al DOCTOR PEDRO RECIO.) ¿Qué es eso?

PEDRO RECIO.- La novia, digamos.

SANCHO.- ¿Nada más?

EL HOMBRE

Se me murió mi madrecita buena.

SANCHO.- Lo siento, señor. Reciba mis sentidas condolencias.

EL HOMBRE

¡Qué solo, madrecita, me siento en este mundo,
mi vida lentamente se hunde en el dolor,
las noches son muy largas y el frío despiadado
va helando poco a poco mi pobre corazón!

-40-

SANCHO.- (A PEDRO RECIO.) ¿Habrá comido hoy este pobre hombre?

PEDRO RECIO.- ¿Éste? Tiene cuenta corriente en el Banco Nación.

EL HOMBRE

(Quebrándose y contoneándose.)

No manyás ni pal laburo,
la patinás indecente
porque existe tanta gente
que no tiene corazón...
en mis noches lugubriasas
la tristeza, la tristeza se me abruma,
nadie sabe lo que sufre y se abatata
este pobre corazón sentimental.

SANCHO.- Es triste. Pero yo no veo qué crimen hay en todo eso.

PEDRO RECIO.- Espere Su Excelencia.

EL HOMBRE

(Poniendo facha bruta.)

Bajo el dolor de esa profunda llaga
con que la infiel ha muerto mi esperanza
y sin más ley que la ley de la daga
que ha de apagar mi sed de venganza.
Miré al rival, que era mi propio hermano
y ante la luz del desengaño impío
¡no pude más! y en un mortal desafío
mostré al varón
desnudo ya el facón.

SANCHO.- (Alarmado.) ¡Jesucristo! ¿Quién le ha dado permiso de
armas a este loco de atar?

EL HOMBRE

(Trágico.)

Y sin más juez que mi honor
después de un pujante duelo
dejé tendido en el suelo
mi propio hermano traidor.

SANCHO.- (Serio.) ¿Ah, sí? Tómenle los datos.

ALGUACIL.- Su nombre y domicilio, amigo.

-[41]-

-42-

EL HOMBRE

(Lamentoso.)

Mi nombre ya no es un nombre,
mi vida ya no es ni vida,
sólo un trago de bebida
sostiene mi corazón.

ALGUACIL.- (Seco.) ¿Quién es usted, señor?

EL HOMBRE

(Ufano.)

Yo soy el alma que canta
el amor de su percanta,
soy la sangre del suburbio
cual los versos de Iván Diez,
soy la daga y el talero
y el bacán de más valía
y del gran pueblo argentino
soy el mismo corazón.

SANCHO.- (Pensativo.) ¡Corazón otra vez! Este hombre es puro corazón.

PEDRO RECIO.- Sí. Y desciende de hombres de hierro que llevaban coraza.

EL HOMBRE

(Doliente.)

Chirusita que pecaste
pero culpa no tuviste,
¿por qué tu alma está tan triste
como un canto, como un canto de emoción?
¿Por qué mojás la cabeza
del gurí que te dejaron
si Dios mismo te perdona

porque sabe que has tenido corazón?

SANCHO.- ¿Qué es eso ahora?

PEDRO RECIO.- La hermanita de él, una tal Evarista Carriego.

SANCHO.- ¡Jesucristo! A este tipo le han venido todas las desgracias juntas.

EL HOMBRE

(Apasionado.)

-43-

China, sos un terremoto,
china, sos un coletivo,
china, sos un chorro vivo
de ternura y de ilusión.

Yo te imploro que me quieras,
yo te imploro que me ames,
yo te imploro que me llames
si es que tienes corazón.

SANCHO.- ¿Qué le pasa ahora que se pone de hinojos y revuelve los ojos? (¡Maldición! Hasta yo estoy hablando en verso).

EL HOMBRE

(Quejumbroso.)

Yo fui capaz de darme entero y es por eso
que me encuentro hecho pedazos
y me encuentro abandonao
porque me di, sin ver a quién me daba,
y hoy tengo como premio que estar arrodillao.

SANCHO.- (Aparte, al DOCTOR.) ¿Es alferecía, Doctor? Vea usted cómo se tira al suelo.

EL HOMBRE

(Innominable.)

Yo no puedo alejar de mi mente
tu recuerdo de reina suntuosa
ni el amor que me brinda a torrentes
el calor de tu cuerpo de diosa.
Es por él que yo vivo sin calma
y navego en un mar de opsesión
porque llevo clavado en el alma
el puñal de tu negra traición.

SANCHO.- Está bien, señor. Cállese. A todos nos ha pasado algo de

eso; pero no veo motivo para andarlo publicando.

EL HOMBRE

(Terrible y sarcástico.)

¡Gata! con un arañazo
pagás mi amor inconciente,

-44-

vos no pagás ni el balazo
que un hombre decente
te acaba de dar.

Y hoy, cuando el llanto te ahoga
no es que estés arrepentida,
es el pensar que la herida
tu cuerpo de loca
te puede estropiar.

SANCHO.- Pero ¡qué demonios hace este hombre! Oiga, Doctor, ¿qué pasa? ¿No ve usted cómo se retuerce?

PEDRO RECIO.- A wooing, señor.

SANCHO.- ¿Cómo?

PEDRO RECIO.- The native is a-wooing, sir.

SANCHO.- ¿Qué es eso?

PEDRO RECIO.- No se puede decir en castellano, Excelencia. No conviene.

SANCHO.- ¡Cuerpo de mi padre! ¿No me dirán de una vez ¡quién es! este infeliz descabalado?

PEDRO RECIO.- Es el Hombre Encargado de Hacer las Letras para

Tango.

SANCHO.- ¡Acabáramos!

Levantose Su Excelencia Sancho I y Único tan demudado y furioso como en la memorable ocasión en que expulsó de la Sala Foral al labriego negociante de Miguel Turra; y requiriendo su bastón de nudos a manera de cetro, decretó diciendo:

«En virtud de las reales atribuciones que me confiere el pueblo, ordeno y mando que a este hombre mal hablado y peor cantado se le corte la cabeza, o sea lo que está en lugar de ella; y que se le arranque el corazón vivo por el siniestro costado, el cual corazón se entregue al Museo de Historia Natural para hacer estudios científicos acerca de la hipertrofia cardíaca».

Levantose del suelo al oír tan rigurosa sentencia el hombre de los instrumentos, y sacando el facón amenazó al Gobernador de este modo, meneándose cadenciosamente, y retorciéndose todo, adentro del chiripá que le quedaba grande:

-45-

Piantáte de la cancha que hacés mala figura
con fouls y hands chingados te van a hacer sonar,
te falta tenicismo, colgá los papirulos
de línesman hay puesto, si es que querés jugar.

El juego no es pa otarios, tenélo por consejo;
hay que saber cortarse y ser buen shuteador
en el arco que cuida la dama de tus sueños
mi shut de enamorado acaba de hacer gol...

Pero antes que la cosa pudiese llegar a extremos deplorables -porque el Gobernador no era maula y había empuñado tranquilamente el bastón en forma poco amable- adelantose el mayordomo entre los dos contendientes y alzando al cielo los brazos exclamó diciendo:

-¡Paso! Es un error. Señor Gobernador, Usía no puede sentenciar eso.

-¿Por qué?

-Porque se alzará en armas todo el pueblo de la Ínsula.

-¿Cómo es eso?

-Este hombre es el alimento espiritual de la vida emocional de nuestro pueblo; y le hace más falta que el buen pan.

-No entiendo ni medio.

-Señor Gobernador, este hombre usa andar por las plazas públicas de nuestra gloriosa Ínsula cantando esas tonadas que Vusarcé ha oído, y otras símiles; y las gentes usan agruparse en su torno en grandes concursos y en enormes masas, oyéndole horas y horas con la boca abierta.

-Pero ¡cómo! ¿Por ventura mis súbditos no son...? ¿cómo es que le dicen?... ¿alfareros?

-Alfabetos, Excelencia.

-¡Eso es lo que digo, alfareros, que saben leer!

-Son eso que dice Usía, efectivamente.

-¿Y entonces?

-Pues por eso mismo. Leen diarios.

-¿Cómo puede ser eso, doctor Pedro Recio? A mí me parece contradictorio.

-Es un misterio, Gobernador. Pero el hecho patente es que antes, cuando las gentes no eran todavía alfabetas -46- no escuchaban tangos por radio, sino que cantaban ellas mismas coplas, relaciones, glosas, décimas y romances, de ésos que está recogiendo por el Norte insuleño el fijodalgo don Juan Alfonso Carrizo. Eran coplas religiosas, llenas de alta teología; o canciones psicológicas y morales, llenas de humilde sabiduría; o cantares amorosos, llenos de finezas tan por lo alto, que hasta un cura podía cantarlos, aplicándolos al amor de Dios; y había también, no hay duda, coplas picarescas, pero hasta las mismas coplas lascivas eran espirituales.

-¡Dígame una! -dijo Sancho con toda seriedad.

-¿Religiosa? -dijo el Doctor.

-No. Más bien de esas últimas.

Aproximose el Doctor al trono y le dijo unas palabras. Riose Sancho plácidamente con toda la panza, y dijo:

-Es una porquería; pero tiene gracia, tiene.

-Lo que tiene gracia, no es nunca una porquería... -dijo el Doctor.

-...del todo... -dijo el Capellán.

-Propter elegantiam sermonis -dijo el Alguacil.

Riose de nuevo Sancho al ver al buen Alguacil echárselas de latino; y sosegado su ánimo, enarboló de nuevo el cetro y dijo:
«En virtud de la plenitud protestatoria y judicial que me confiere mi designación de representante del pueblo soberano, conmuto la sentencia de muerte de este desgraciado en sentencia de cárcel perpetua, como malhechor público y corruptor del magín y la cordura de las gentes».

Adelantose al oír esto el Maestresala y dijo:

-¡Alto! Ni usted ni nadie podrá hacer eso, señor Gobernador.

-¿Por qué?

-No durará ni un mes en la cárcel. Tiene una varita mágica que rompe cadenas, candados y muros como manteca.

-¿Cuál es?

-1000000 de escudos en el Banco Nación.

-47-

-Ganados, ¿cómo?

-Honradamente con sus honorarios, Gobernador.

-¿Gana éste honorarios mayores que yo?

-Mucho mayores, por supuesto, Gobernador.

-¿Es justo eso?

-Es justo, all right, de acuerdo a la ley de la oferta y la demanda.

-¿Quiere usted decir que no hay jueces, ni guardias, ni alcaides honestos en mi reino?

-Haylos, Gobernador. Pero hay también negociantes. Y los que gobiernan por ahora son los negociantes, a los cuales Usía representa.

Aquí fue donde Sancho pronunció la sentencia famosa, que Cervantes, por yerro, pone en otro lugar: «¡Cuerpo de mi padre el chivo! Por Dios y en mi conciencia que si me dura el gobierno -que no durará según se me trasluce- que yo ponga en pretina a más de un negociante».

Después de lo cual pronunció, agitando el palo con furor, la siguiente sentencia:

«En uso de mis atribuciones soberanas, y mirando más la misericordia que la justicia, vengo a conmutar la sentencia anterior de prisión perpetua contra el Hombre que Hace los Tangos en secuestro total de todo su dinero, el cual se aplicará a hospitales, leproserías y escuelas de mecánica, agricultura, minería y otras manualidades útiles, siempre que no sean de leer, escribir ni cantar, porque de eso ya hay hasta de sobra».

-¡Jamás! -gritó el Capellán, adelantándose hacia el trono-. Eso no lleva camino, Excelencia.

-¿Por qué?

-Porque si le quita el dinero a éste, en justicia tendría que quitárselo también a todos los que amontonan plata sin trabajo.

-¿Y qué mal hay en eso?

-Eso es muy peligroso, Excelencia. Niente mudanza, niente mudanza.

-Peligroso, ¿para quién?

-Peligroso para la religión. Se producen grandes disturbios sociales. Se quebranta el orden establecido. La -48- gente se

pone furiosa, agarran a los curas, los ponen contra una pared, y los fusilan.

Sancho I se agarró la cabezota con las dos manos y durante un paternóster consideró gravemente cuán difícil era el arte de hacer justicia y cuán ardua la ciencia del gobierno. Después de lo cual, se volvió lamentosamente hacia su Corte y dijo:

-¿Qué les parece a ustedes entonces si le hiciésemos cortar la lengua a manos de verdugo?

-¡Dios nos libre! -gritó el jurisconsulto Mayor-. Se opondría el Otro.

-¿Cuál otro? -dijo Sancho.

-El que limpia los bolsillos de las masas, mientras están escuchándolo a Éste.

-¿Entonces existe un socio?

-No es socio propiamente, porque el Otro saca diez escudos donde Éste toca uno.

-¿Y quién es ese Otro? -dijo Sancho I con voz de trueno, alzando el bastón de roble.

Enmudeció el jurisconsulto y todos se miraron azorados.

-Que se lo diga el Confesor.

-Cualquier día. No me toca a mí. Yo no puedo meterme en política.

-¿Quién es, doctor Pedro Recio? -bramó Sancho revoleando el poste.

-Señor, no se puede decir -respondió éste temblando.

-¿No se puede?

-Está prohibido.

-¿Por qué?

-No conviene.

El bastón cayó sobre la mesa con el fil de un relámpago y se hizo astillas en ella. Todos retrocedieron aterrados.

-Basta -dijo Sancho I-. Veo que tengo que averiguar muchas cosas en mi reino. Quédese esto aquí por hoy. Pero entretanto mando que se administre medicinalmente al acusado una tunda de cincuenta azotes. El reo dio un quejido de paloma.

-49-

El doctor Pedro Recio de Tirteafuera se adelantó temblando al trono gobernadil y cayendo de hinojos suplicó de este modo:

-En nombre de la humanidad, de la higiene y de la eugenesia ¿no ve Su Excelencia que eso y matarlo es todo uno?

-¿Por qué?

-No es apto ni para el trabajo corporal, cuantiménos para el castigo corporal, con aquesas carnazas fofas, con esas pechugas de paloma. Éste sirve solamente para cantar -y hacer- el amor. Por lo menos, para cantar.

Sancho I el Único se dejó caer en su trono, y, metiéndose un dedo en la nariz, pensó profundamente; y al verlo pensar profundamente, pensaron profundamente a su vez todos los Cortesanos. Después de lo cual levantose Sancho y dijo:

-Última resolución irrevocable. Ordeno y mando que a este cuitado se le hagan leer compulsoriamente cincuenta páginas de El Quijote y aún más aprender de memoria cincuenta coplas de aquellas de don

Carrizo. Entonces el condenado se levantó de su asiento con un grito de desespero terrible, y se arrojó a los pies del buen Sancho, propio como un endemoniado.

-¡Perdón! -gritaba-. ¡Jamás! ¡Eso no! ¡Cualquier cosa menos eso! ¡Más vale los cincuenta bastonazos! ¡Prefiero los cincuenta bastonazos!

-Todo se andará, hijo mío -dijo Sancho I alegremente-. ¡Aó, Alférez! ¡Llévenme a este sujeto a una poltrona y que lea Cervantes en voz alta; y a cada yerro, tropiezo, trabuque, o tilde que no emboque, le encaja usted una patada en el sitio que más le duela donde no haya hueso, hasta acabar las cincuenta páginas!

Dicho lo cual, dio el Gobernador la señal de los festejos, los cuales consistieron aquel día principalmente en una revisión del Tratado de Versailles desde el punto de vista metafísico, social, religioso y didáctico, acompañado de vuelos de reconocimiento y ligera actividad de artillería en todos los frentes.

5. El Maestro

Apenas asomó el rubicundo Febo por las puertas y balcones de Oriente con el fin manifiesto de iluminar con sus rayos el histórico convento de la marcha de San Lorenzo, cuando sacaron a Su Alteza el nuevo Gobernador de la iglesia donde pasara la noche en oración y lo condujeron en su silla gestatoria a la Sala de los Altos Capítulos para atender a los negocios del día. Inmediatamente sonaron chirimías, y fue introducido en audiencia un señor cabezón y gordito, enteramente calvo, salvo por una ligera pelusa amarilla que le cubría el cascarón, y con una carita redonda de torta pascualina, abundantemente poblada por una inefable sonrisa. El señor se sacó la gorra, dio los buenos días, mostró a Sancho las manitas -palma y dorso- extendidas, y dijo:

-La vaca es un animal que tiene cola, cuatro patas, cuernos y cabeza. También da leche, queso y manteca. Según la Historia Natural, la vaca es animal rumiante. ¡Qué animal tan útil es la vaca!

Sorprendiose el buen Sancho al oír tan nuevas razones, y preguntó al doctor Pedro Recio de Afuera:

SANCHO.- ¿Quién es, Doctor?

RECIO.- Es el Hombre Encargado de Hacer los Libros Para las Escuelas Primarias.

SANCHO.- ¿Qué pretende?

RECIO.- Pretende un Premio Nacional de Literatura de 200000 escudos, en mérito a su gran esfuerzo y obra proficua.

SANCHO.- ¿Qué obra?

RECIO.- Haber realizado la uniformidad de la Escuela Primaria.

SANCHO.- No entiendo eso.

-52-

RECIO.- Perdona Su Prominencia: la escuela primaria debe ser

uniforme en todo el país, y todos los maestros deben pensar, decir y enseñar las mismas cosas con las mismas palabras.

SANCHO.- ¿Por qué?

RECIO.- Porque de ese modo será posible que un Alto Consejo de Funcionarios situado en la cabeza de nuestra Ínsula pueda de un solo gesto hacerlas danzar a todas las escuelas al son que quiera, aunque estén situadas a diez mil leguas de distancia.

SANCHO.- ¿Y qué vamos ganando con eso?

RECIO.- Vamos ganando el manejar mucha plata, y el poder dar puestos a los amigos, única manera de gobernar a la gente desta Ínsula; sin contar las innumerables ventajas pedagógicas y estéticas de la uniformización, que seguramente no escapan a Su Prominencia.

SANCHO.- No escapan. ¡Qué van a escapar! Lo que yo no veo es el mérito literario de este señor gordinfloncito -¡míalo tú ahora cómo se chupa el dedo, angelito!- en esas cosas que dijo acerca de la vaca.

RECIO.- Y sin embargo, es extremado. ¿No ve Su Prominencia que en nuestra Ínsula hay niños de muchas clases?

SANCHO.- Probablemente.

RECIO.- Y habrá naturalmente algunos niños más listos... y también por fatalidad algunos niños idiotas, ¿eh?

SANCHO.- Eso, seguro. ¡Misericordia! No había pensado.

RECIO.- Ahora bien; y esteme atento Usía a mi raciocinio. ¿Cómo se podrá uniformizar la enseñanza de todos los niños, a no ser con libros de texto que estén al alcance de los idiotas?

SANCHO.- Es cierto.

RECIO.- ¿Ve ahora Su Prominencia el esfuerzo enorme que supone escribir un libro entero solamente de frases idiotas, sin errar una sola?

-Veo, comprendo y admiro -dijo el buen Sancho I el Único. Y volviéndose al señor gordinfloncito, que lo miraba con la boca muy abierta, le dijo:

-[53]-

-54-

-Señor mío, aquí estamos para escuchar sus requerimientos. Adelante.

-Niño, dígame la lección de Historia -dijo el señor con voz aclarinetada, es decir, casi aflautada-. ¿No la sabe? ¡Qué niño más ignorante! Es usted un niño malo. Me escribirá diez veces en una plana: «El niño ignorante es malo. El niño bueno, por el contrario, es el encanto de sus excelentes padres». Entre paréntesis: (Samuel W. Smiles).

-Esto me parece mejor que lo de la vaca -dijo Sancho.

-Barrunto, señor, que usted nunca ha sido un niño malo; y que, como Sarmiento, no jugaba a la rayuela ni trepaba a los árboles por aprender la lección de Historia -dijo el doctor Pedro Recio.

-Atención, niños. Historia para mañana. Colón descubrió la América. San Martín fue el libertador de medio continente. El Sargento Cabral dijo: «Muero contento, hemos batido al enemigo». El negro Facundo murió por la patria. Rosas fue un tirano. Sarmiento fue un titán del

pensamiento.

-¿Qué es titán? -preguntó Sancho.

-Titán es un coso grandote, con un solo ojo en medio de la frente, y un gran palo en la mano que se llama clava, que tiene fuerza como diez hombres juntos...

-¡Cristí! Me gustaría ser titán -dijo Sancho.

-Y a mí -dijo Tirteafuera.

-¡Silencio, niños! En clase se atiende. Apunten ahora la lección de Mineralogía y Geología. El cinc es un metal que sirve para hacer techos de casas. ¿Quién tiene una casa de cinc? ¿Usted? Muy bien, niño. Es usted un niño bueno. El plomo es un metal de color plumizo, así como el cobre es de color cobrizo. El feldespato se encuentra en la provincia de San Luis...

-¿Y el pato? -interrumpió Sancho-. Me parece a mí que primero viene el pato.

-El pato -contestó triunfante el Maestro- ¡es un animal palmípedo! Pero pertenece a la Zoología, y no a la Mineralogía. Palmípedo no es lo mismo que batracio, niños. Batracios son el sapo, la rana y el renacuajo. El reno no es batracio, sino paquidermo; no confundan con

-55- los rumiantes, como la vaca. El reno se encuentra en una región llamada Renania. En Bosnia y Herzegovina, no hay renos.

-¡Cristí! -exclamó Sancho-. ¡Lo que sabe este hombre!

Sonrió modestamente el Maestro, y dijo:

-Idioma Nacional. El sustantivo. El sustantivo es una parte variable de la oración que sirve para designar personas, cosas, sustancias y sucesos en general, casi siempre con expresión de género y número. Por ejemplo: burro, papá, mamá, menega. El sustantivo puede ser abstracto y concreto. Es abstracto cuando designa cosas que no son perceptibles por los sentidos, o que simplemente no existen, como cualidad, virtud, moralidad, Dios, alma, espíritu, etcétera.

-Bien -interrumpió Sancho-. Éste se está subiendo a matemáticas superiores; y yo ya no lo sigo. Este hombre es una enciclopedia. ¿Me permite, señor, que le haga unas preguntitas de catecismo? Es lo único que me queda hoy día de lo que aprendí en la escuela, así Dios me salve. Dígame, señor, ¿quién es Dios?... Pero... ¿qué pasa? La cara del Maestro se había descompuesto horrorosamente, reflejando en su simpática y simplona luna la más grande estupefacción acompañada de terror y asco:

-¡Ley 1420! -balbuceaba temblorosamente.

-¿Qué dice? -preguntó Sancho.

-¡Ley 1420! ¡El puesto! ¡Cesante! ¡Fuera de las horas de clase!

-sollozaba el pedagogo lastimeramente-. ¡A mí no, a mí no me metan en líos!

-¿Qué quiere decir? -preguntó Sancho.

-Quiere decir, Prominencia, que esa materia, de acuerdo con la ley 1420, pertenece a las cosas que no deben saber los niños y que un niño bien educado no pregunta a sus padres y maestros, a no ser fuera de las horas de clase, a los compañeros solamente.

-¡Cristí! -dijo Sancho-. ¡Entonces esto está todo cambiado! En mi tiempo era lo primero que nos enseñaban en la aldea. ¡Cómo me

recitaba yo mi Astete! Recuerdo que el señor cura me premió un día: tercer premio empezando por la cola, con una taleguilla de avellanas, -56- vanas ellas casi todas, pero magníficas para jugar al choclón. ¡Qué tiempos aquéllos!

«Todo buen cristiano
si quiere llevar
vida en modo humano
y se salvar
debe de saber
y deprender
con devoción
la sacra lección
de la Santa Cruz
de Cristo Nuestra Luz».

Todavía me acuerdo, Doctor, aunque nunca he sabido lo que quiere decir sacra. Y después acababa:

«La ciencia más acabada
es que el hombre bien acabe,
pues al fin de la jornada
aquel que se salva, sabe;
y el que no, no sabe nada...».

-Nous avons changé tout cela -dijo el doctor Pedro Recio. Enmudeció de repente Sancho y se abismó en sus recuerdos; y como Sancho se abismó en sus recuerdos, todos los Cortesanos consecuentemente se abismaron también en la misma parte. Después de un ratito de meditación, volvió Sancho al Capellán diciendo:
-Mi señor Capellán, ¿puede salvar su alma un Gobernador?
-Puede, y con mucha gloria -contestó el Capellán-, aunque con muchísimo más trabajo. Santos los ha habido, en tiempos pasados.
-¡Bien! -dijo Sancho-. Aquí me parece que éste es un asunto serio, en que me juego nada menos la salvación de mi alma.
Y alzándose del trono, allegose al Maestro sabio, y parcial y cariñoso, le halagó con la mano la papada, preguntándole

melosamente:

-57-

-Hijito, ¿quién es Dios?

El Maestro lo miró con ojos enloquecidos.

-¿Cuántas personas hay en Dios?

Nada.

-¿Cuántos dioses hay?

Ni por ésas.

-¿Hay un solo Dios?

El Maestro movió los labios desde el fondo de su consternación, como Job, y dijo, con marcado acento correntino.

-Es inútil, señor -dijo-. Ni aunque me mate. En eso no le voy a dar dato.

-Magnífico -dijo Sancho-. Aquí vamos a salvar dos almas, la mía y la de este buen amigo. Ahó, Escribano. Llegaos acá y escribid mi sentencia.

Decreto

Considerando:

1. Que los maestros también tienen alma, aunque esté convertida en sustantivo abstracto; y que el presente maestro, escritor de libros para niños, debe de tener un alma como un pan, aunque parezca mentira por la facha;

y 2. Viendo el grandísimo peligro en que la tal alma se encuentra, dado que ni siquiera sabe, a la edad en que estamos, cuántos dioses hay, ni si hay Dios siquiera;

vengo en decretar y decreto, que se le suspenda la paga y salario por espacio de treinta meses, en los cuales ayunará, estudiará catecismo y emprestará de los judíos, los cuales por lo menos tienen Dios, aunque mataron a Jesucristo;

con la conminación formal de que si en ese tiempo no llega a averiguar si hay Dios o no, le será retirado primero por tres años y después a perpetuidad, el permiso y facultad de enseñar a otros, por más Mineralogía que sepa.

Yo, Sancho I, Gobernador

-58-

Dicho lo cual, dio Su Excelencia el Gobernador la señal de los festejos, los cuales consistieron aquel día principalmente en el monte Everest y el Gran Lama del Tibet desde el punto de vista éticosocial, acompañados de ligeras incursiones enemigas en todo el frente occidental y duelos de artillería que fueron rechazados con graves pérdidas.

-59-

6. El Filósofo

Apenas hubo el astro jefe del sistema planetario mostrado su punto tangente al horizonte por dos grados cuarenta y cinco minutos y diecisiete segundos encima de la eclíptica, cuando arrancaron por fuerza a Sancho I el Único de las ociosas plumas donde yacía tranquilamente las manos en la nuca y el talón derecho contra la rodilla izquierda elevada en ángulo de 33° , a unos 58 cm² sobre el nivel de la cama, y echándole de prisa un sombrero de copa y un pelafustán (o sea robe de chambre) por amor de la decencia, lo llevaron a todo correr a la Sala de los Supremos Acuerdos, donde los acordantes estaban golpeando con bastones y tocando pitos en señal de protesta por la tardanza. Sentose Sancho en su trono, acomodose, se abrochó uno o dos botones más y apretándose fuertemente el cinto del pelafustán impuso silencio a todos los Cortesanos con una sola mirada de malhumor y sueño; quiero decir de ceño.

-¿Qué hay ahora? -dijo Sancho.

-¡Señor! -recitaron simultáneamente todos los acordantes-. Hemos

recibido una visita que nos honra, nos ilustra y nos enaltece. Y esto diciendo se pusieron todos de rodillas, y cuatro reyes de copa introdujeron al recinto, sentado sobre unas andas, a modo de imagen de procesión, a un señor más lamido que ternero nonato, bien engominado él, bien afeitado, con corbata pajarita y una orquídea en el ojal del smoking. Cuadrose Sancho en señal de reverencia y mandó depositasen en el suelo, donde quedó inmóvil la estantigua lo mismo que había entrado, con la barbilla apoyada en la punta del índice izquierdo en señal de meditación -60- profunda. Visto lo cual, se entabló el siguiente diálogo:

SANCHO.- ¿Quién es, Doctor, ese huésped ilustre?

PEDRO RECIO.- Es el Filósofo Mayor del Reino de Sepharlandia³.

SANCHO.- ¿Qué cosa es filósofo?

PEDRO RECIO.- Es el hombre que investiga las últimas causas.

SANCHO.- No entiendo.

PEDRO RECIO.- Vulgarmente hablando, es el hombre que puede hablar y habla de todo cuanto hay que saber del cielo y de la tierra.

SANCHO.- Grande cosa habéis dicho, Doctor; y pregúntome yo ahora si hay filósofos en mis reinos: porque sin duda es de oficio de buenos gobernantes fornir a sus ínsulas de cosa tan excelente.

PEDRO RECIO.- Hay cuatro o cinco filosofillos insulanos, que ni se ven en el suelo, como suele decirse; pero ninguno puede compararse con el menor filósofo que venga del extranjero.

SANCHO.- Y éste, ¿a qué viene, si se puede saber?

PEDRO RECIO.- Ocasionalmente viene porque en su tierra se armó una trifulca de la gran flauta y lo han sacado echando humo, achacándole la culpa del dicho zipizape o trifulca: lo cual me parece exagerado. Pero principalmente viene a proponer a Su Prominencia y estos Supremos Acuerdos de la Ínsula un proyecto por el cual nuestra querida Ínsula va a ingresar de golpe en el concierto de las naciones más civilizadas.

SANCHO.- (Con brío.) Venga ese proyecto.

Extrajo Pedro Recio unos papeles de una arqueta de oro, y pusieron en orden los acordantes, el Acuerdo de los Pares a la derecha y el Acuerdo de los Nones a la izquierda, mientras el Filósofo era izado y sentado sobre una mesa con funda de guadamecí, y traían los ordenanzas rápidamente un pizarrón para marcar los votos.

-[61]-

-62-

«El Filósofo Mayor de Agathaura propone al prominentísimo Gobernador General desta Progresista y Pinturera Ínsula:

»Primero, la fundación de una Facultad de Filosofía y Letras Ocultas, y otra de Metafísica y Gnoseología Cognoscitiva, una de cuyas cátedras a opción ocupará el preopinante junto con la Dirección de dicha Facultad y 30000 escudos de renta anuales.

»Segundo, que las Honorables Cámaras de los Pares y de los Nones de esta lustrada y largaluz-iente Ínsula destinen la pequeña suma de 200000 escudos para una edición de lujo de las obras completas de los eminentes filósofos insulanos José Ingenieros, Agustín Álvarez,

Juan B. Justo, Aníbal Ponce, José Barroetaveña, Almafuerte y Lisandro de la Torre, edición que dirigirá el preopinante y se repartirá luego gratuitamente a los pobres de los hospitales.

»Tercero, que se reúna un Congreso Internacional de todos los Filósofos del mundo en la capital de esta pacifista y proficua Ínsula, pagado por el gobierno della, con el fin de protestar contra el batifondo que hay en la patria del Filósofo Preopinante a causa de la falta de libertad de pensamiento...

»Y a mí, Pedro Recio de Agüero, me ha tocado ser el portavoz indigno de este altísimo acontecimiento cultural».

Y dicho esto, dobló la rodilla Pedro Recio y entregó los pergaminos reverenciosamente al morrudo y retacón jefe Supremo, que había estado todo el tiempo fruncido de morros y con los lampadares clavados en el Filósofo Preopinante. Después de lo cual, se puso de pie y apoyándose en el garrote, dijo:

-Necesito hablar con este fisólofo. ¿Cómo se hace para hacerlo hablar?

-Hay que ponerlo en una cátedra, apagar las luces y hacer profundo silencio.

-Hágase así -dijo Sancho. Y en menos que canta un batitú -que suelen cantar más largo que los gallos- puntualmente todo fue hecho y ejecutado.

Oyose entonces en el religioso recogimiento una voz dulzona y cantarina que decía:

-63-

«¿Cuáles son las posibilidades de la existencia trascendental de una conciencia fenoménica? A tal filuda e insidiosa pregunta sólo cabe oponer una pareja interrogación: "¿Cuál es la relación de una conciencia fenoménica con el nódulo de lo noumenal?". Ya sé que el filósofo de Mazburgo, el aguileño Max Schoener, recusa la segunda parte y se ciñe precisamente al primer planteo. Pero, ¿es lícito a un filósofo que se precie de tal ignorar las implicaciones, aunque sean dialécticas, de sus propias posiciones fundamentales? En vista de lo cual, ardidamente respondemos: o la filosofía agrede el campo de lo antológico-noumenal, o la filosofía se convierte en literatura; y sea cual fuere la consternación de los escolásticos, que se propusieron convertir a la filosofía en una miserable ancilla theologiae, ponemos como primera condición de posibilidad de una conciencia fenoménica en el orden de la existencia trascendental, ¿qué ponemos, sectores? Simplemente, como ustedes han adivinado, La Angustia, o sea la vibración apenas perceptible de lo Contingente en los límites de lo infinito...».

-¡Basta! -se oyó la voz aguardentosa de Sancho en las tinieblas-. He comprendido. Enciendan las luces.

Este asunto me pertenece a mí -continuó el Gobernador-; es inútil que estén preparando boletas de voto. Yo lo voy a resolver por la afirmativa, con tal que el señor Fisólofo Preopinante no rehúse la pequeña condición que le pongo, que será tener un torneo personal de tres preguntas por barba, a resolver por puntos, él y yo, mano a mano.

-Yo, señor filósofo -prosiguió Sancho al ver una ligera sonrisa de desdén en el fino rostro del sabio-, no me precio de sabihondo. No he estudiado entomología, o mejor dicho, etimología, o como se llame esa ciencia que usted nombró al principio. Diosgracia que me quede, de la poca escuela que mis padres me pudieron dar, mi pizca de Doctrina Cristiana, mi miaja de leer y escribir, un poco de suma y resta para el gasto, templar una guitarra y un poco de cante a gañote seco o mojado, sea de iglesia, sea de los otros; eso sí, a matar un chanco y hacer una carbonada, no le cedo un punto a ningún bacán de mis reinos. Esto entendido, vengan sus tres preguntas, -64- presuponiendo esto: que si usted vence, tendrá los 200000 escudos para eso que se dijo; pero si venzo yo, quedará usted obligado a hacer durante un año mi santísima voluntad, gusto y gana, a pesar de no ser usted ínsulo mío, ni cosa que se le parezca. ¿Choca o no choca?

-Choca -dijo el sabio.

-Pues véngase y juegue duro, que usted es mano.

El sabio lo miró un rato con ojos relampagueantes.

-¡Defíneme el yo trascendental de Fichte! -largó al fin de un saque, como lengüetazo'e sapo.

Sancho la pensó un momento.

-¿Cómo era? Repítame la pregunta.

-¿Qué es, formalmente hablando, el yo trascendental fichteano?

-replicó el sabio con imperio.

-Eso que usted dice es... ni más ni menos... -Sancho se detuvo un rato; y después definió serenamente, eligiendo y pesando maduramente las sílabas-: simplemente la hiper-super-rinosis de la confabulación tricúspide que está abajo de las estrías del ornitorrinco.

-Está mal -dijo el sabio-. Punto para mí.

-Está bien -dijo Sancho.

-Está bien -dijo el Capellán.

-¡Usted no ha entendido una palabra! -gritó el sabio.

-¡Usted tampoco! -contestó el Capellán.

-Pun-to-para-na-die -proclamó el Maestresala, que hacía de rayero y de réfery-. A-nu-la-do.

-Juéguese la segunda con lo que usted sabe. Véngase no más al humo. Largueló al á-de basto -le dijo Sancho haciéndose el taita, para disimular el miedo.

-¿Qué cosa es el ornitorrinco? -envidó el sabio.

-Es una cosa de comer -contestó Sancho audazmente, tirándose un lance, porque no tenía la menor idea.

-Falso. Punto para mí -gritó el sabio-. El ornitorrinco es un paquidermo plantígrado de la clase de los ungulados, subclase de los palmípedos, que habita ciertas regiones de Australia y la América del Sud.

-Está bien -dijo el Capellán-. Punto para el Filósofo Preopinante.

-Pun-to -cantó el Maestresala, y lo pusieron.

Sancho se puso meditabundo.

-65-

-¿Cuáles son las cuatro letras del nombre de Dios en griego, hebreo,

sanscripto y asiro-caldaico? -bramó el sabio.

Al oír aquello, todos los Cortesanos quedaron consternados; sólo Sancho permaneció tranquilamente con las piernas cruzadas, acariciándose la mejilla izquierda; viendo lo cual, todos los Cortesanos cruzaron las piernas y se acariciaron la mejilla izquierda.

-Ésas son cuatro preguntas y no una, señor fisólogo de mi alma... ¡Juego limpio aquí, manaya la porta miseria! -dijo Sancho con energía.

-¿Cuáles son las letras del nombre de Dios en sanscripto entonces? -No tomar el nombre de Dios en vano -saltó Sancho como un rayo-. Dios no tiene nombre. El nombre de Dios es su Hijo. Su Hijo es Jesucristo. Jesucristo no tiene letras, es una persona humana y divina.

Apenas hubo Sancho proferido su estupenda y teológica respuesta, rompió en toda la sala un estruendo de chirimías, dulzainas, laúdes, atambores, atabales y ataúdes, celebrando ruidosamente el acontecimiento. Sancho se restregaba las dos manos de gusto, al mismo tiempo que protestaba modestamente: «Esto no es nada. Lo oí cuando era chico a un padrecito desos jesuditas que predicó para el Nombre de Jesús en mi pueblo».

Después de lo cual se incorporó, y apoyando ambas manos sobre el garrote, como Ulises cuando se le murió el perro, preguntó a su vez al sabio, que lo miraba desconfiado:

-¿Cuál es el ave que vuela más alto y más rápido?

-El ave que más alto vuela es el halcón; y más rápido, es el colibrí.

-Mal -dijo Sancho-. Punto para mí. El ave que vuela más alto y más rápido a la vez es el Avemaría. A la vez, se ha preguntado.

-Está bien -dijo el Capellán.

-Pun-to -cantó el Maestresala.

El sabio sintió que le cruzaba por la periferia cerebral una mala palabra; pero la contuvo por respeto a la autoridad.

-66-

-Segundo -prosiguió Sancho-. ¿Cuál es el ave que nació dos veces, nació en un pesebre y entre pajas, fue despojada de sus vestiduras y puesta en un palo por nosotros pecadores?

El sabio se le quedó mirando a Sancho de hito en hito, con los ojos como boca de horno.

-Hablando con toda reverencia -dijo-, la solución a esa pregunta no puede ser más que una: Jesucristo, el Dios de los cristianos.

-Falso -dijo Sancho-. Punto para mí. Jesucristo no es ave. La respuesta es: un pollo asado.

-¿Cómo un pollo asado?

-Un pollo asado, señor mío, ni más ni menos, para que usted lo sepa, si no lo sabe.

-¿Y el palo? -dijo el sabio.

-El palo -dijo Sancho- es un asador de palo que se usaba en mi casa cuando el de fierro se descomponía.

-Muy bien -dijo el Capellán.

El sabio sintió que una blasfemia horrenda le irrumpía de la laringe a la mucosa bucal; pero se contuvo a causa del respeto a todas las religiones, que está en la Constitución Nacional.

-Tercera -dijo Sancho-. ¿Qué es quisicosa -y es una sola cosa- que está más alta que Dios, más baja que el diablo, más profunda que el mar y más patente que el sol?

El sabio sacó un lápiz y empezó a hacer cálculos en un papel.

-Rápido -dijo Sancho-. Esto no es juego de tablas.

-El punto sobre la i de la palabra Dios -dijo el sabio.

-Falso -dijo Sancho-. La D mayúscula es más alta que ése...

-Pun-to -cantó el Maestresala.

-El infierno, donde está tendido el diablo.

-Falso -dijo Sancho-. El infierno, el diablo lo lleva adentro.

-Pun-to -cantó el Maestresala.

-La arena que está en el fondo del mar.

-67-

-Falso -dijo Sancho-. La arena no es profunda, porque es el fondo mismo. Profundo es lo que está cerca del fondo y la misma palabra lo dice, por el fondo.

-Pun-to -cantó el Maestresala.

-Me doy por vencido -dijo el sabio-. ¿Qué es?

-Nada -dijo Sancho-. Pero vení acá, pedazo de animal. ¿No ves que en cuanto te digo «más alto que Dios», ya no puede ser, porque no hay nada más alto que el Altísimo? ¿No sabes que cuando te espetan un apsurdo, lo primero que hay que hacer, una persona cuerda, es rechazar todo el resto, y no correr carrera ninguna con un tipo que hace largada con un apsurdo, que es largada falsa?

El sabio sintió la tentación inminente de matar a Sancho rugir en todos sus lóbulos occipitales izquierdos; pero se contuvo por amor al quinto mandamiento.

Pero Sancho se había bajado de su trono, y llegándose a la cátedra le había puesto al sabio el puño en las narices.

-¡Y éste es el que pedía 200000 escudos para empezar -bramó Sancho-, como quien pide cuatro reales, sinvergüenza! ¡Doscientos mil escudos a ti, insolente, mal criado, luterano! Pero, ¿con qué garantías, roñoso? ¿Y dónde los tengo yo, piojoso? ¿Y por qué tengo que dártelos, aunque los tuviera, manyatrippa? ¿Y los huérfanos, mastuerzo de los demonios? ¿Y los leprosos, marisabiduelo de Satanás? ¿Y los enfermos de los hospitales, fachendoso de... bueno, de lo que todos saben? ¿Y los pobres de los conventillos? ¿Y los niños de la doctrina? ¿Y los que no tienen qué comer? ¿Y las doncellas sin dotes? ¿Y las maestras sin puesto? ¿Y los maestros correntinos? ¿Y...?

Pero el sabio entonces, viendo que la tomaba por las tremendas, perdió la retentiva y exclamó en el más puro acento catalán:

-Chicu, tumenuz el purtante

-purq' ezt' animal-

es muy capaz pur las trazas

-d'hacernuz una perreríe d'aquelles...

-68-

Y echando por encima de la cátedra las piernas, descubrió debajo del pantalón de seda Grósvenor Square, un par de alpargatas sudadas y unas medias a rayas bastante sucias, con unos pies probablemente lo mismo, que intentó poner, como se dice, en polvorosa. Pero por suerte el Alférez lo cazó por la nuca, y lo dejó suspendido como abadejo en percha.

-He ganado -proclamó Sancho triunfante-; y en consecuencia he aquí mis voluntades. El señor fisólogo partirá hoy mismo con esos padrecitos misioneros gallegos que vinieron ayer a despedirse para dar una misión en Estación Bosch (Cinco Cerros); no de changador -por esta vez- sino de secretario dellos, para anotar los matrimonios, enseñar la doctrina, visitar los ranchos en busca de bautizos, bendecir las casas y preparar comuniones desde los llanos de Balcarce hasta las selvas de Misiones. Allí podrá ver de cerca a la gente de su propia tierra, y de todas las tierras del mundo, lo que es el mundo, lo que es la gente y lo que es la vida. Y conocerá las necesidades de esta tierra y la fisología de ella. Y después de un año vendrá aquí, y hablaremos de fisología. Que no la despreciamos tampoco, como se habrá visto por las muestras... Dicho lo cual, dio el feliz Gobernador la señal de los festejos, los cuales consistieron ese día principalmente en un gato con relaciones y un perro sin ellas, acompañados de un combate naval entre cruceros británicos y alemanes, con resultados desfavorables para todos, menos para el Uruguay.

7. El Profesor de Poesía

Apenas hubo el rubicundo Apolo asomado su refulgente faz y sonrosado rostro por el lado de la Banda Oriental, «donde el sol siempre nace y no se pone», como dijo Artigas, cuando arrancaron al nuevo Gobernador de la Biblioteca, donde había pasado la noche leyendo el Martín Fierro, y lo llevaron al Salón de los Consejos Constitucionales para resolver los asuntos del día. Inmediatamente el Maestresala introdujo a un señor de levita y cilindro, diciendo:

-Prominencia, éste es un señor profesor universitario que desearía hacer un donativo filantrópico a nuestra brillante Ínsula.

-Me parece estupendo -dijo Sancho-. ¿De qué se trata?

-Prominencia -dijo el señor refulgente-, yo soy profesor titular de Literatura en la Universidad de Buenos Aires, de Retórica y Poética en la de La Plata, de Crítica Literaria en la de Tucumán, de Historia Evolutiva del Cine Hablado en la de Cuyo, suplente de Literaturas Nórdicas en la del Litoral, y catedrático de Historia de la Literatura en los Colegios Nacionales Cornelio de Saavedra y Aníbal Ponce, de esta prodigiosa Capital. Como en todas partes digo más o menos lo mismo (unos apuntes sacados de un libro alemán desconocido que me hice cuando joven) y me

ocupo a ratos perdidos de preparar bochados y compra-venta de propiedades, «estoy» bastante pudiente, y quisiera, con venia de Usía, ahora que se aproxima mi jubilación, acabar mi próspera y patriótica vida como la empecé, donando la cantidad de 100000 escudos al Estado para la fundación de una nueva Universidad en la ciudad de Bahía Blanca o Puerto Madryn, -70- o sea el Estudio de la Poesía Moderna, llamada Misrahit Ashamel, porque yo, aunque me esté mal el decirlo, soy israelita, pero de corazón cristiano, los cuales 100000 escudos, juntos con una subvención de otros 100000 mensuales que pondría el Gobierno, sostendrían el claustro profesoral por el momento, del cual yo sería Decano provisoriamente, pero con derecho hereditario para mi hijo primogénito hasta la séptima generación, con el objeto de aplicar un método de mi invención al estudio metodológico y científico de la poesía moderna.

Señor Gobernador -continuó el profesor al ver que Sancho no soltaba palabra, mas lo contemplaba con los ojitos entrecerrados como un gato viejo-, usté ha visto la copiosa floración de poesía que produce nuestra rodrigona y redundante Ínsula. De las muchachas que estudian, la mitad se hacen maestras, la otra mitad poetisas. Además de éstas, hay muchísimos poetas que no han hecho ni tercer grado, sin contar las mujeres. Los libros de versos que se publican en el país, la mayoría a todo lujo, bastarían para sufragar, según las estadísticas, dos grandes leproserías y un asilo para hijos de leprosos sin que tuviese ya que cansarse bailando para eso el pobre Patronato de Leprosas Mentales. Toda esa materia prima, bien canalizada, podría convertir a nuestro país en el Primer Productor Mundial, si no en calidad al menos en cantidad, de libros de Poesía Moderna. He aquí mis patrióticos anhelos, los cuales ofrezco de corazón a mi patria adoptiva.

¿Mi plan? Mi plan es sencillo y suave -prosiguió el sabio, después de un mudo silencio insomne-. Como todos saben -desde que yo empecé a enseñarlo- la poesía antigua era desordenada: Cervantes la comparó a una bellísima princesa que danza en medio de un coro de otras doncellas, que son todas las otras ciencias. ¿Quién va a estudiar científicamente una mujer que danza? La poesía antigua es inclasificable; y la razón es que consta de tres cosas: sentido, ritmo y rima, con las cuales se pueden hacer infinitas combinaciones; pero la poesía moderna se puede clasificar científicamente y yo la he clasificado en seis clases, a saber:

-[71]-

-72-

Con sentido con ritmo sin rima:

verso libre;

Con sentido sin ritmo con rima:

lugonoidea;

Con sentido sin ritmo ni rima:

prosa poética;

Sin sentido con ritmo con rima:

jitanjáfora;

Sin sentido con ritmo sin rima:

logofluncia;

Sin sentido sin ritmo ni rima:

gagarroica.

Como ve muy bien Su Prominencia, esto abre a la ciencia posibilidades infinitas. Tomemos un ejemplo cualquiera, manera breve de probar las cosas. Aquí tenemos estas Décimas aparecidas en una revista argentina culta, de ésas que aparecen cuatro cada primavera para morir en la primavera próxima. Bueno. Apenas las oiga, Usía verá que pertenecen al género jitanjáfora. Atención.

Décimas

(De la novia)

En desnudas maravillas
rompiendo la noche, alcanza
la soledad de su danza
compañero de rodillas.
Si agita el laurel a orillas
de su canto, en la mañana
con talle de nardo gana
la pampa del cielo y sube
en las manos de la nube
a la edad de la manzana...

-73-

Apenas sonó el décimo verso, interrumpió Sancho al Doctor, que con los ojos en blanco y penetrado tono declamaba, para preguntarle a quemarropa.

-¿Qué le hizo? -¿Quién?

-La novia al tipo. ¿Qué le hizo después de esto?

-Eso no interesa para nada a la Ciencia, Prominencia -contestó el Doctor, resentido-. Son asuntos personales. La Ciencia considera objetivamente el poema y se plantea las siguientes cuestiones:

1. ¿Quién alcanza la soledad de la danza? ¿Es la novia, es la noche, es el compañero de rodillas o es simplemente el mismo poeta?
2. ¿Cuál es la edad de la manzana, la mano de la nube, la orilla del canto, la soledad de la danza y la rotura de la noche?
3. ¿Por qué ley física o cosmológica el que agita un laurel a orillas de un canto produce que el compañero de rodillas con talle de nardo gane inmediatamente la pampa del cielo, lo cual de otro modo no es posible en modo alguno?
4. Dejando para otra clase tres cuestiones profundísimas, vamos a la

cuestión-clave del poema entero. «Compañero de rodillas»... ¿es un compañero que está de rodillas, o es simplemente un compañero de las rodillas, como si dijéramos las ligas, las corvillas o la raya del pantalón? Pero aquí surge una duda seria. Las rodillas, ¿son las anatómicas rodillas fémur-tibio-peroneales o son las rodillas que las sirvientas gallegas emplean para el secado? Toda la intención y la metafísica del poema se da vuelta capicúa según Usía adopte una u otra sentencia.

Wilamovitz, Cachini, Rodolfo Arteta, Goycochea, el doctor Martínez-Juárez y Martín Gil están por la primera interpretación. Los fundamentos no son de ningún modo despreciables. Los expone mi colega el eminente crítico Rodolfo Arteta en su libro *Rodillas y argentinidad literaria*, Editorial Papel y Delincuencia, Buenos Aires, 1939. En brevísimo resumen son los siguientes, y estenme atentos sus señorías:

-74-

«El compañero está de rodillas, pongamos, haciendo sus oraciones de la noche en pijama. Si está de rodillas, no puede danzar, he aquí la soledad de la danza, la cual se queda sola y plancha como decimos, con que "la noche rompe en desnudas maravillas", es decir el cielo estrellado aparece a los ojos del poeta. Pero llega la novia en un pijama verde -con talle de nardo- y subiéndose por un laurel que se agita -naturalmente- salta la tapia, la cual llama metafóricamente el poeta "las orillas de su canto". Con esto se pone el poeta tan alegre como un chiquilín de edad de un año con una manzana y agarrándose del humo del cigarrillo como mano de nube, sube al cielo que se puede comparar con la pampa, porque ya ha llegado la mañana y está color rucio o bayo barroso». ¿Qué pasa entonces? Vamos a la segunda décima.

-Basta -dijo Sancho-. Me parece que ese verso es inmoral.

-Es muy posible, señor -dijo el Doctor-. ¿Por qué, si no, hacerlo tan oscuro? Pero eso no tiene importancia ya que, como Usía sabe, el arte es independiente de la moral.

-Lo sé perfectamente -dijo Sancho-. Y ahora quiero proponer a Su Sapiencia unas décimas que estuve haciendo despacito de mientras usted hablaba, que aunque improvisadas, le he dado un fondo físico y teológico, y quiero antes, de decretar nada, oír el parecer de Su Sapiencia.

Enderezose Sancho con gravedad y prosopopeya, y como Sancho se enderezó, enderezáronse todos los Cortesanos con gravedad y prosopopeya, mientras siete taquígrafas se aprestaban a tomar sus gobernariles palabras. Hecho lo cual, recitó Sancho su poema diciendo:

Yo vide un caballo tiple
en una maroma enhiesta.
Miré bien y era una fiesta
de triángulos con tomate.

«¡Dele -le dije-, en el mate,
total, para lo que cuesta!».

Yo vide una demagogia
bailar con un basilisco.
Miré bien y era un pedrisco
de mayonesa con cloro...

«¡Ah, loco -le dije-, loro
no te hagás el obelisco!».

Yo vide un tigre con bata
en un adjetivo abstracto.
Miré bien y era un impacto
con vaina y dulce de leche.

«¡Pongalón en escabeche
-les dije-, está putrefacto!».

Yo vide una vaca afónica
patiar contra un alambrado.
Miré bien y era un pescado
que estaba amasando adobe.

«¡Si no tiene, pase o robe
-le grité-, pero al contado!».

-¿Qué me dice usted de mi poema, Sapiencia?

El sabio se había puesto a exclamar tocando el cielo con las manos.

-¡Soberbio! ¡Estupendo! ¡Bestial! ¡Genial! ¡Aplastante! ¡Con un sentido
esotérico profundísimo! Toda la teología católica resumida en cuatro
décimas. ¡Ni Paul Valéry, ni Jorge Guillén, ni Herrera Reissig en sus
últimos años, ni Luis Franco, ¡qué digo!, ¡ni Ricardo Molinari, ni Marcos
Fíngerit son capaces de concentrar tal suma de pensamiento, malicia,
emoción y rutina! ¡Señor Gobernador, permítame que me ahinoje a sus pies
sagrados como al más divino poeta destes tiempos, y que escogite ese
fantástico poema para mi primer curso en la Facultad de Poesía Moderna,
que yo desde este momento doy por fundada y hecha, desde que los cielos
nos han dado un Gobernador Poeta!

-76-

-Perfectamente -dijo Sancho-. Vengan los 100000 escudos.

-Perdón, señor Gobernador. Venga primero el decreto.

-¡Vengan los 100000 escudos!

El Doctor vaciló un momento.

-Quiero ver el decreto -dijo.

Descendió Sancho posadamente las gradas del trono y llegándose al sabio, que se incorporó al instante, lo asió de las solapas, y lo sacudió amablemente diciendo:

-¡Vengan los 100000 escudos!

Demudose horriblemente el profesor -¡quién sabe lo que le vio a Sancho en los ojos!- y sacando del bolsillo del pantalón un envoltijo de trapos viejos, que dejaron el piso a la miseria, desenvolvió después de muchas vueltas cien fragatas nuevecitas.

Manotió Sancho el tapado como un refucilo, y mandando al Alférez que atase al dueño de pies y manos, dictó el siguiente

Decreto

Considerando:

1. Que en la Agathaura hay actualmente superproducción de poesía moderna, la cual no se puede colocar en los mercados...
2. Que el papel y la mano de obra están cada día más caros y la radio abarrotada...
3. Que nuestra Ínsula en su generalidad no está todavía preparada para asimilar la poesía superfina de los poetas extranjerizantes...
4. Que so pretexto de poesía hay cada circulillo literario de alacranes, holgazanes, maldicientes, vagos, borrachos, engrupidos, idos, paranoides y macaneadores que da miedo...
5. Que...

Pero en este momento el Maestresala pegó un golpe tremendo en un gong anunciando el fin del trabajo y la -77- hora del reposo. Fruncióse un poco el Gobernador y deseó rematar la tarea; pero no queriendo fatigar su Corte, dijo:

-Quédese para mañana este Decreto sobre los poetas, que en Dios y en mi ánimo, o me va a costar la vida o va a ser la más famosa y formidable pieza de legislación que han visto los siglos presentes ni esperan ver los venideros.

Dicho lo cual, dio el feliz Gobernador la señal de los festejos, los cuales consistieron ese día principalmente en el Concejo Deliberante desde el punto de vista jurídico, religioso y literario acompañado de una meningitis con uva de Mendoza destilada en ácido sulfúrico y palo campeche, al mismo tiempo que siete bayaderas declamaban a coro la siguiente composición poética, producto del estro de Sancho en sus años juveniles:

El Diluvio

Noé en su Arca tuvo ñanduces, tuvo pájaros en gran
escala.

Tomaba leche a cucharones, y los huevos con una pala,
de churrasco comía elefante, de vigilia comía ballena,

y de mosto marca Graffigna se mandó la recala llena,
y decía el viejo catando su buen moscato sanjuanino:
«¿A mí el agua qué se m'importa, con tal que no entre
dentro'el vino?».

La primera noche'el Diluvio se encerraba Noé en el Arca
trancándola con una tranca más solemne que un patriarca;
en ese instante se desatan las cataratas del abismo.
Noé dice: -«Stá yovisnando. Pero aunque me yueva, é lo
mismo.
E si s'inunda lo potrero, lo lechero farán su agosto.
A mí l'agua non mi fa niente, però que no me dentre al
mosto».

La segunda noche'el Diluvio le pregunta Noé a Rebeca:
«Che, vieca: ¿cuánta pulga metiste; queré decirme un
poco, vieca?».

-78-

-«¡Y... metí no má un casalito, como estaba mandao,
abaco!».

Y responde Noé enojado: -«¡Aquí hay más de dó pulga,
caraco!

Pero anque haya dó miyone, e anque haya trentamil y

pico,

e anque haya il diablo bicorno, esto vino está moy moy
rico».

La tercera noche'el Diluvio le dolió a Noé la cabeza
de ver ahogarse tantos tipos que no habían ganado el
arca.

Le querían dar abluciones, una purga y una compresa.
Pero entonces había que verlo, cómo se puso el

Patriarca.

«-¡Déquense d'embromar con l'agua ni siquiera en baño de
asiento!

¡Demasiado agua hay de afuera, no me vengan con l'agua
adrento!».

Envío

Patrón Noé, patrón Noé, que se nos hunde el arca
nuestra.

En tu tiempo al menos hubo agua para el pobre, y al
rico, vino.

Pero en este tiempo el champán no va a dejar un pan de
muestra.

Y vamos a morirnos de sed, con un lujo heliogabalino.

Patrón Noé, si no estás ahora más borracho que don Bepo,

¡Oh inmortal patrón de la cepa!, si no estás por

borracho al cepo,

manda a los pobres santiagueños lo que voy a pedirte yo:

¡Que se harden los politiqueros de vino hasta que «ya no
quepo».

Pero manden a las provincias toda el agua que les sobró.

8. Los dos muertos

Apenas había el bermejo Apolo enviado al trasluz de las plomizas
cortinas su blancor pesado y cadavérico -pues era un día nublado-,
cuando se despertó el nuevo Gobernador con un horrendo dolor de
cabeza, y después de rezar su oración matutina, tomar una aspirina y
fumar un toscano, se dirigió calmosamente al Salón de las Primeras
Providencias a despachar los asuntos del día. No bien se hubo
sentado a tuestas, oyose un horrisono rodar de cadenas, y viose
ingresar al doctor Pedro Recio vestido de demonio acompañando a dos
fantasmas con sudarios blancos, calavera, cola y sus grandes
grillos, gatos negros, grimorios y linternas de verdoso luminar,
como es de protocolo en tales casos. Despavoriose no poco Sancho I
el Único al ver tamaños vestiglos y, apoyándose en su fiel tranca,
gritó con voz perentoria:

-¿Quiénes son éstos?

-Son dos muertos, Prominencia -repuso Pedro Recio-, o por lo menos
son dos que quisieran estar muertos, si es que por caso están vivos.

-¿Y qué piden de mí los muertos?

-Piden justicia, señor Gobernador, o por lo menos misericordia.

-Pues que arranquen de aquí súbito al trono de Dios -dijo Sancho
irritado.

-Éstos no están atados por el juicio de Dios, Prominecia, sino por
el macaneo de los hombres... Y aquí quedan ustedes, que yo rajo

-dijo académicamente el doctor Tirteafuera, haciéndose humo al
instante-. Después de lo cual se entabló entre Sancho y las dos
fantasmas el siguiente diálogo:

-80-

SANCHO.- Adelántese el primero y exponga su querella.

FANTASMA 1.- Señor Gobernador, pido que se me dé por muerto.

SANCHO.- Moito agrazado. ¿Quem es vosé?

FANTASMA 1.- Soy un tripulante de la cañonera Tritonius I.

SANCHO.- ¿Domicilio?

FANTASMA 1.- En el fondo del canal de la Mancha, hundido por un torpedo enemigo.

SANCHO.- ¿Está de veraneo en mi Ínsula?

FANTASMA 1.- No, señor, ni por pienso, sino que no puedo morir legalmente a causa de los comunicados; y habiendo oído hablar de la recta y fiel justicia de Su Prominencia, hemos venido a requerirla para nuestro caso.

SANCHO.- No entiendo eso de los comunicados.

FANTASMA 1.- Señor Gobernador, el día que se hundió valerosamente nuestro heroico y pequeño buque, salieron tres comunicados oficiales anunciando el primero que el buque no había sufrido ningún ataque, el segundo que sólo tenía ligeras averías, y el tercero que toda la tripulación había sido recogida a tiempo por el Macandale-Ship. Y éste es nuestro dilema. Realmente estamos muertos, pero legalmente no gozamos de ninguno de los beneficios de la mortandad.

SANCHO.- Medrados estamos. ¿Y qué puedo yo para el caso?

FANTASMA 1.- Simplemente decretar que, así como estoy muerto de veras, muera yo también de mentirijillas y mi mujer quede viuda del todo. Cuentas claras, señor Gobernador. Porque uno es un espíritu incorpóreo, señor Gobernador, pero no crea, lo mismo le duele a uno ver que su mujer ya comienza a ponerse paqueta y hacer buenos ojos a los festejantes, sin esperar, por decencia ninquesea, el desmentido oficial de los tres comunicados, y la confirmación de parte del Gobierno del hundimiento del buque. Eso me parece hasta poco patriotismo. ¡He muerto en el mundo real: quiero morir también en la propaganda!

SANCHO.- ¿Y cuándo fue ese hundimiento, por si acaso?

-[81]-

-82-

FANTASMA 1.- Señor Gobernador, hace siete meses contados.

SANCHO.- Medrados estamos, buen hombre, o buen ánima bendita, o magüer seáis maldita. Hacedos allá, que yo tomaré en consideración vuestro asunto y proveeré como sea debido.

Dicho lo cual, desapareció la fantasma primera con una explosión como una centella, mientras la otra fantasma ejecutaba por el salón una especie de danza macabra o galop infernal, cantando la marcha fúnebre de Saint-Saëns con horrorosos aullidos y lamiendo con la cola las paredes y el suelo del recinto, como una babosa de humo. Después de lo cual se cuadró en seco, hizo su reverencia y continuó el interrogatorio:

SANCHO.- ¿Estáis bien muerto, buen hombre?

FANTASMA 2.- Sí, señor; pero sin novedad alguna.

SANCHO.- ¿Qué pasó?

FANTASMA 2.- Señor Gobernador, a mí me han envenenado con gases.

SANCHO.- ¿No está prohibido eso en la guerra?

FANTASMA 2.- Lo está; pero es que no me envenenó el enemigo, sino el maldito sargento Celedonio.

SANCHO.- Pues andad a quejaros al Comando.

FANTASMA 2.- Señor, el Comando es un sinvergüenza. Para más

claridad, yo estaba en un profundo sótano de la línea Sigfrido-Maginot-Stalin, porque yo con otros seis compañeros soy el Superintendente encargado, con perdón de Usía, de la limpieza interior o sea cloacal. Estábamos los siete muy garifos, y va el animal del sargento y en vez de dar vuelta la manivela del oxígeno de respirar, ¿no va el animal del sargento y da vuelta la manivela del gas mostaza, que tenemos preparado en el fondo del subterráneo para un caso que el enemigo lo use primero? Siempre dije yo que Celedonio iba a acabar por meter la pata. Lo malo es que me tocó estirar la mía. Hay cada sargento, Prominencia, más bruto que mandado a hacer a medida.

SANCHO.- ¿Murieron todos?

FANTASMA 2.- Yo solamente, señor, modestia aparte. Los otros se pusieron la máscara; pero la mía estaba descompuesta. Todas las coincidencias se juntan en un -83- día, cuando uno amanece con mala pata. Pero de eso no me quejo. Nunca fui hombre de suerte. Lo realmente inicuo es que el Comando publicó ese día un parte oficial, y, ¿qué decía el parte oficial, Prominencia? Decía simplemente estas abominables palabras que oírás su Prominencia: «Sin novedad en el frente».

SANCHO.- ¿Sin novedad en el frente?

FANTASMA 2.- ¡Sin novedad! ¡Sin novedad! ¡Horrible y abominable! ¿Y yo no soy ninguna novedad? Eso es lo que me repudre a mí, señor Gobernador. Yo era un pobre musolino que me ganaba el pan limpiamente, sí señor, que me lo ganaba. Un día aparece un decreto diciendo que tenía que salir de mi casa a defender la civilización, a proteger al país de Paflagonia que es un país a seiscientas leguas del nuestro, el cual había sido agredido por el enemigo del género humano, que si yo no marchaba, la vida ya no era digna de ser vivida; y finalmente, que si yo no marchaba rápido, me pegan cuatro tiros por la espalda. Todos esos argumentos me emocionaron. Yo marché. Y viene el animal de Celedonio y me liquida a contramano... ¡Y tienen el tupé de decir que no hay novedad en el frente! ¡Para eso me sacan de casa con tanto estrépito! ¡Como si yo no me tuviese que morir lo mismo un día, y entonces por lo menos era una novedad para el vecindario!

Miró el Gobernador con interés a la pobre fantasma, y después de meditar profundamente un rato, cosa que no pudieron hacer los Cortesanos por hallarse ausentes, volvióse al duende y le dijo: -Ánima bendita, sentaos en esa mesa si sois escribano y ayudadme a redactar mi pragmática.

Sentose la fantasma como pudo. Y Sancho le dictó el siguiente Decreto

En uso de las atribuciones que nos confiere el pueblo soberano y considerando el estado de guerra en que se encuentra la fantasía de la gente de nuestra Ínsula, vengo en ordenar y ordeno:

-84-

1. Créase una Comisión de Censura para los comunicados oficiales del extranjero.
2. Impónese un impuesto de un centavo oro por línea a los telegramas

de guerra, artículo superfluo y de lujo mucho más que los cigarrillos.

3. A todo el que publique noticias falsas se lo multará en 5000 patacones, y en 500000 patacones si la noticia es dañina al prójimo o perturbadora del sentido común.

4. Con el dinero de los dos rubros anteriores se fundarán dos Institutos Superiores de Investigación Científica; el primero, encargado de averiguar lo que es a través de lo que se dice; y el segundo, encargado de distinguir lo que nos importa de lo que no nos importa.

5. Cada Instituto pasará un parte oficial por quincena a esta Alta Administración, la cual lo publicará en el Boletín Oficial.

6. Todo el resto de la información diarera se declarará palabras cruzadas, y se prohibirá su lectura a los menores de edad.

Fírmese, refréndese, archívese, comuníquese y, sobre todo, cúmplase.
Sancho, Gobernador

Apenas la fantasma, que se había apartado respetuosamente al firmar Sancho, tuvo en sus manos el colosal decreto, cuando rompió en una risita de demonche y se precipitó con el papel por la ventana, como una exhalación. Oyose al mismo tiempo un ruido horroroso, como si el mundo se viniera abajo y una densa oscuridad cayó como un crespón sobre la ciudad, que al mismo tiempo se pobló de alaridos de espanto. Corrió Sancho a la ventana y vio su querida capital iluminada por los fatídicos resplandores del incendio.

-¿Qué pasa? ¿Es que han entrado otra vez mis enemigos? -gritó Sancho consternado.

-Se ha hundido el edificio de La prensa y se ha apagado la farola -gritaron de abajo las gentes aterrorizadas.

-85-

-Estamos perdidos -chilló el Gobernador entonces. Y despertó sobresaltado, comprobando que los dos chorizos en pimentón que cenara le habían jugado una broma pesadilla.

Visto lo cual, mandó inmediatamente que se iniciaran los festejos, los cuales consistieron en ese día principalmente en la estatua de Sáenz Peña con su familia desde el punto de vista jurídico, económico, social y mnemotécnico, acompañada de un desfile de toda Buenos Aires a contramano por la calle Florida.

9. El Sábelotodísimo

Apenas hubo el rubicundo Apolo despabilado su luz cenicienta y subconsciente sobre la ciudad lluviosa, cuando se lavó la cara el nuevo Gobernador y tras cuatro estirones y bostezos multiplicados y de perseguir hasta la muerte a un grano de tabaco con resorte -como se llamaban entonces las pulgas-, ingresó en la Sala de las Oportunas Ocurrencias a resolver los asuntos del día. No bien se hubo sentado, cuando entró el doctor Pedro Recio con un señor bajito, gordito, pelo gomoso, bien peinado y con sutiles bigotitos paréntesis, como cejas de chino japonés, el cual no

venía caminando en cristiano, sino a lo indio, en cuatro patas y poniendo el oído a tierra de vez en cuando, mientras daba unos gruñidos que decían: «Hola, hola!». Espeluznose Sancho al verlo y preguntó al Real Mayordomo:

-¿Quién es eso?

-Es el Sábelotodísimo.

-¿De qué se ocupa?

-De dar conferencias al Magisterio.

-¿Y qué pretende?

-Ser nombrado Director General de Instrucción Gratuita y Jefe de la sección En el Dominio de los Conocimientos Generales de la Prensa de la Ínsula.

-¿Y por qué gatea?

-Esplendencia, no gatea; está tomando el pulso de los rumores del mundo. Es el gran aguaitador del mundo moderno.

-Entonces que me hable de la guerra -dijo Sancho resuelto-, que es una cosa que aquí nadie se entiende.

-Perfecto -dijo Pedro Recio, y tomando una manivela de automóvil la encajó en un buraco que tenía el interfecto en el occipucio, dándole cuatro vueltas. Brincó -88- el Sábelotodísimo, púsose en dos remos, dio cuatro o cinco zapatetas en el aire y volvió a cuadrúpeda estación, poniendo la oreja sobre el piso para escuchar el tronar de los cañones, el brumbir de los eroplanos y las concitadas voces de mando de los mariscales. Hizo silencio todo el mundo y el Sábelotodísimo empezó a captar con pausados manotones de los dedos en gancho, a manera de mesmerismo, las ondas etéreas de todo el universo, después de lo cual empezó a decir con palabras posadas y sonoras como si vinieran de un antro:

-De fuentes fidedignas... -y volvió la oreja al suelo por un largo rato- me llegan versiones autorizadas... -y otra vez escuchó largamente, como pachón tras un rastro- de que los círculos generalmente bien informados...

-y vuelta a escuchar la madre tierra- inducen al desmentido del almirantazgo nazi -y aquí empezó a escuchar con la otra oreja- sobre la conferencia del führer inglés -con grandes muestras de agitación- y el gauleiter italiano -pleno alborozo- que no se ha de creer absolutamente nada de lo que por Unite Presa propaló el otro, por ser un truco de la propaganda enemiga; sino que al contrario, los otros fueron los que tiraron las bombas en el hospital de niños de teta, mientras ellos no hacían sino tirarlas en el agua y en unos grandes recipientes con algodón adentro, que estaban preparados para el caso.

-Eso ya lo sabíamos -dijo Sancho- desde que empezó esta guerra. Lo que aquí se desea es saber cómo va a acabar.

Puso la oreja otra vez el interfecto sobre la baldosa, y luego con toda precisión anunció quién iba a ganar la guerra y por qué causa, a partir de la ideología de las partes contrayentes y del tratado de Westfalia, detallando quién tenía razón, quién era el criminal, quién había previsto todo hacía treinta años, por qué razón estratégica y cinegética tenían que vencer siempre los amigos de la democracia, cómo se había de arreglar Europa después de la victoria y cómo se podría afianzar con toda seguridad por tres siglos y medio la Paz Perpetua de Kant, el Desarme Universal de

Wilson y el Progreso Indefinido de Augusto Comte, proponiendo de paso un nuevo Reglamento para la Sociedad de las Naciones.

-89-

Escuchó Sancho todo ello con visible seriedad y reverencia, aunque por dentro con las más serias dudas; por lo cual todos los Cortesanos escucharon también con visible seriedad y reverencia, aunque por dentro pensando todos en farras, bebidas y en citas con mujeres bonitas y divertidas. Después de lo cual, preguntó Sancho bruscamente:

-¿Está seguro?

-Esplendencia, soy el Sábelotodísimo.

-¿Y qué más sabe, además de esto de la guerra? Para un caso de probar a ver si es seguro... usted comprende. Lo que usted quiera, Esplendencia.

-Por ejemplo...

-Por ejemplo, digamos, así de pronto: «El viático de la Pedagogía», «San Pablo joven-viejo y viejo-joven», «El enfoque binocular panorámico», «Pilatos, la Iglesia de las Iglesias», «Lord Bacón y Séneca», «Bajo el signo de Artemisa», «La envidia, como procedimiento pedagógico de los jesuitas», «Saberlo todo y no saber nada», «Réplica prepóstera de Sócrates a Renán», «El chico precoz de Reconquista», «Moisés, Licurgo y Solón como pedagogos», «La educación de la mujer», «Jenofonte, primer antifeminista», «Castellanidad y andalucismo»⁴.

-¡Alto! -dijo Sancho-. Esa castellanidad ¿se refiere por ventura a mi amigo el padre Castellani, un cura de la Quinta Columna, que anda suelto por ahí con permiso de los superiores?

-De ninguna manera, Esplendencia. Se refiere a Séneca, que por ser andaluz, no pudo ser castellano.

-Pero entonces éstos parecen títulos de novelas policiales... -meditó Sancho.

-¡Cualquier día! Es pedagogía pura, Esplendencia. Pedagogía importada. Con esta pedagogía estuve yo educando a España durante veinte años; y acabó en una revolución que por milagro de Dios no salí muerto.

-Me parecen demasiadas cosas -dijo Sancho meditabundo.

-90-

-Sé muchísimas más, sin comparación, Esplendencia, como puede ver usted en La Nación del 21 de septiembre de 1940, una columna entera en cuerpo 8, solamente el resumen de los títulos de los puntos que voy a tocar en mis conferencias al magistral magisterio argentino.

-¿Y de Hipólito Yrigoyen, qué opina usted?

-¿Yrigoyen? No lo conozco. Pero si usted me dice quién fue, lo puedo comparar con Hipólito Taine o con San Isidoro de Sevilla, el cual fue precursor de D'Alembert y el primer enciclopedista.

-¿Cómo dice? -dijo Sancho algo inquieto.

-Enciclopedista.

-Mire; a mí los pedagongos y los ensiclonpedistas no me hacen muy feliz, sacando cuando uno anda farreando en un boliche entre amigos; porque hay que respetar a las personas cuando uno anda entre gente seria...

-Y, sin embargo, son necesarios -dijo el interfecto-, y yo mismo soy un enciclopedista, y no de los peores.

-Y dejando esta materia, que tiene sus bemoles, ¿qué otras cosas sabe usted, así de cosas prácticas para el buen gobierno de las ínsulas?

-Pues señor -dijo el Sábelotodísimo-, en materia que roce la Filosofía Natural, el Derecho Positivo, las Bellas Letras, el Teatro, Troteras y Lanzaderas y materias afines, yo puedo hablarle sencillamente de todo, lo que se dice de todo.

Levantose al oír esto Sancho pausadamente y después de hojear unos papeles y hablar al oído a un policia secreto que tenía al lado, espetó al hombrecito de la gomina el siguiente valecuatro:

-Y dígame, señor, sabiéndolo usted todo, ¿cómo es que no sabe que en este momento su mujer está en el hotel agradablemente entretenida con un aprendiz de peluquero?

Dio un salto al oír esto el interfecto cuadrupedante, y dando un bramido espantoso de marcado acento español viró, picó y salió castigando para la puerta, derribando a este doctor Pedro Recio que quiso atajarlo, y gritando despavorido: «¡Lo pensé! ¡Lo pensé! ¡El médico de su honra! ¡El médico a pa los! ¡La mejor venganza, -91- el cielo! ¡Ya me parecía a mí que algo de eso había, la mosquita muerta!».

De lo cual no poco rió Sancho, viendo que sin tener él la menor idea de si la mujer del Sábelotodísimo ni siquiera existía, le había dado justo en la mitad de la tetilla izquierda, guiándose por ese axioma general de lógica que el hombre que lo sabe todo no sabe ordinariamente lo que interesa a su vida, ni siquiera a su vida eterna, como hizo notar el Capellán del Reino en un erudito y elegante sermón subsiguiente, cuya memoria se conservó largo tiempo dentro la circunvalación de aquella pacífica y comedia Ínsula.

Después de lo cual, dio su feliz Gobernador la señal de los festejos, los cuales consistieron aquel día exclusivamente en el masculino singular y el femenino plural de la palabra tilingo.

10. El Estudiante de Tucumán

Apenas hubo el rubicundo Apolo recorrido con sus nacarados dedos los negros cortinones de las tinieblas, cuando arrancaron a Su Majestad el nuevo Gobernador del cuarto de baño donde estaba afeitándose y lo llevaron de prisa a la Sala de las Discretas Disposiciones para atender los negocios del día. No bien se hubo sentado al trono y empuñado la tranca cuando entró el Capellán trayendo de la mano a un jovencito lampiño de arreboladas mejillas, brillante testa peinada al medio y bicolor boquita abierta, el cual vestía impecable terno y traía en la diestra una lanza con un banderín enhiesto. Plantose el jovencito delante del trono, y apoyándose en la lanza como un Cid Campeador, lanzó este grito: -¡Paso a los jóvenes! ¡Abajo los viejos! ¡Muera la gerontocracia! Mírolo Sancho de arriba abajo y volviéndose al Capellán sin más respuesta, le dijo:

-¿Qué es esto, Reverencia?

-Señor Gobernador -informó el Capellán-, recordará su Esplendencia que no ha mucho le presenté un viejo solemne que pretendía se le entregaran los cargos fiscales por el solo hecho de ser viejo y ser solemne. Ahora le traigo el caso contrario.

-¿Y qué hicimos entonces? -preguntó Sancho-. No recuerdo bien si lo sacamos a patadas o lo hicimos correr con un perro rabioso...

-Creo que lo nombramos Taquígrafo del Concejo Deliberante -dijo el Capellán-. ¡Pues bien! Ahí queda su Esplendencia con el interfecto, que yo tengo que rezar el Breviario.

-94-

Volviose Sancho al adalid, que había puesto el dedo pulgar de la mano derecha en el bolsillo izquierdo del chaleco; y se entabló entre los dos el siguiente diálogo:

SANCHO.- ¿Quién es usted, niño?

JOVEN.- ¿Y cómo sabe usted que soy niño?

SANCHO.- Por esa pelusita del labio.

JOVEN.- ¿Por esta pelusita del labio?

SANCHO.- Por esa misma.

JOVEN.- ¿Y por el largo del cabello mide usted la hombría del hombre?

SANCHO.- No tengo otra seña a la vista.

JOVEN.- ¿Y la inteligencia?

SANCHO.- Hasta ahora no le he visto la estampa, en este caso al menos.

JOVEN.- ¿Y esto?

Sacudió el joven la lanza, se desplegó el banderín rojo, y todos pudieron leer las siguientes palabras:

¡Paso a los jóvenes!

¡Viva la emancipación de la inteligencia!

¡Las universidades son los reductos de la oligarquía! ¡Viva la Reforma!

¡Queremos controlar a los Profesores, al Decano y al Testut, si se descuida!

¡Muera la gerontocracia!

Leyó Sancho con gran atención y por largo espacio el descomunal letrero, y le entró un temblor fatídico al encontrarse que no sabía la palabra gerontocracia y el doctor Pedro Recio no estaba a su lado; pero al fin hizo de tripas corazón, maldiciendo la poca escuela que le dieran sus padres, y considerando que un Gobernador debe hacerse de coraje en esos lances. Y haciéndose el enterado, dijo:

-¡Y bueno! ¿Qué hay con eso?

-¡Aquí están mis reivindicaciones! -gritó el jovenzuelo.
(¡Zas! ¡Otra palabra! ¡Y lo peor es que deben de ser zafaduras!
-pensó Sancho azorado-. Y miró todo alrededor a ver qué hacían los
Corte sanos; pero resulta -[95]- -96- que los Cortesanos
estaban todos mirándolo a ver qué hacía él para hacer lo mismo).

[Página 95]

-¡Basta! -dijo Sancho con rabia entonces, viendo que el otro se lo
quería merendar con logofluncias-. ¿Qué es lo que quiere usted?, ¿eso
es lo que se desea saber!

-Quiero ser nombrado Rector de la Universidad de Tucumán.

-¿Y con qué méritos?

-Con mi juventud lozana, como dijo Marquina. Hay que apoyarse en la
juventud, Gobernador. Todos los movimientos políticos del siglo se
apoyan en la juventud, Esplendencia. La juventud es la eflorescencia
cósmica, como dijo Ortega y Gasset en su Carta a un joven argentino.

-Pero, ¿qué es lo que sabe usted, así más o menos?

-Sé de todo, Gobernador. El principio de Arquímedes. El teorema de
Pitágoras. Quién fue María Antonieta. Quién era José Martí, Calixto
Oyuela, Manuel González, Hipólito Yrigoyen, Juan Pérez y Rubén
Darío. Qué son cucurbitáceas y estafilococos. Dónde queda la isla
del Peloponeso. Cuál es la población de Oceanía. Qué le dijo un día
Federico Segundo a Carlomagno. En suma, sé todo lo que manda el
profesor Mantovani en su libro Bachillerato y formación juvenil. ¡Yo
he hecho el Bachillerato Ínsular salvándome de todos los exámenes y
con premio de honor del Ministro de Instrucción Pública!

-¿Y a que no sabe esta pregunta que le voy a hacer ahora? -dijo el
Gobernador haciéndose el chiquito.

-¿Cómo no, Gobernador? Largue no más, que aquí abarajo -dijo el otro
muy confiado.

-¿Qué es lo que le dijo Noé a su hijo Benjamín cuando se fugó con la
mujer de Putifar?

El bachiller lo miró con ojos despavoridos.

-Pero diga, Monseñor -tartamudeó-, quiero decir, Monsegur, es decir,
Majestad, ¿eso es de Instrucción Cívica o de Educación Democrática,
o de qué?

-¡Eso es una noción de cultura general que no debe ignorar ningún
ínsulo mío! -gritó Sancho tremebundo, viendo que lo había atrapado.

-Eso... ¡Eso no está en el programa! -exclamó el bachiller todo
asustado-. Esto no estaba en el programa.

-97-

-¡Andá, repasá, m'hijito! -dijo Sancho bajándose del trono y
acariciándole la reluciente cabecita-. ¡Andá, repasá, m'hijito!

¡Oiga, Alférez! Dele a este muchacho un caramelo largo y sáquelo un
momento al baño, después de lo cual me lo fleta derecho a su casa.

Y hágame el favor de llamarme al papá del chico, si lo tiene. Y si
no lo tiene, que no lo debe tener, por las trazas, al juez de
Menores llámenmelo inmediatamente.

Sonrió el chico con satisfacción al oír esto, creyendo que lo iban a

hacer por lo menos Presidente del Socorro a los Argentinos Concentrados en los Campos de Concentración de Francia; y se retiró contoneándose. Pero Sancho, lejos de eso, se volvió al Escribano y le dictó el siguiente

Decreto

En uso de las atribuciones que me acuerda mi supremo cargo, no para gobernar la Ciencia que no tengo, sino para atajar los abusos que se perpetran en nombre della.

Ordeno, dispongo y mando:

1. Restitúyese a vigor el antiguo prescripto por el cual los Rectores de Universidad o sea Estudios Generales tenían en la Edad Media facultad de azotar por mano propia o ajena a los estudiantes que no estudiaban.
2. Otórgase a todos los estudiantes que no estudian el derecho obligatorio de hacer huelga por diez años y no presentarse a ningún examen, salvo al examen de higiene de las uñas y de los dientes, a juicio del Rector.
3. El nombramiento del Rector y Decano queda reservado a mi real resorte, con acuerdo del Alto Consejo y de una lista de sabios que tendremos escondida en alto secreto, ya que los veros sabios suelen ser también personas escondidas y poco ruideras, que hay que buscarlos con linterna y sacarlos de casa a tirones.
4. El Rector nombrará por sí y ante sí los profesores, con obligación de dar cuenta a este Real Resorte; y en vez de veros estudiosos, en el caso de que nombrase un profesor figurante, politiquero, mistificador, sofista, -98- envenenado, charlatán polido, sábelotodo, deslumbbrero, sucio -intelectual, moral, o físicamente-, farsante, diletante, engrupido, libresco, incapaz de morir por la verdad y explotando imitaciones della, se les cortará las cabezas tanto al Rector como al Profesor de marras: porque han pecado mucho peor que monederos falsos.
5. Los muchachos que deseen ser médicos y abogados se pagarán las carreras en cuotas módicas, las cuales se destinarán al sobrio sustento del claustro y a la compra de libros antiguos y selectos con muy pocos nuevos; y de ningún modo a editar libros de fanfarria, a hacer grandes edificios con fachadas equivocadas y después quemarlos, ni a hacer nuevas universidades por todas partes mientras todavía andan mal las antiguas.
6. Este Real Resorte, a pesar de su pobreza, fundará para buen ejemplo cincuenta bolsas de estudios para estudiantes pobres y meritorios a juicio del Alto Consejo; y cada Ciudad, Villa o Pago de mi Ínsula fundará opulentas becas en número proporcionado a su riqueza, para los hijos della que demostrasen intelectos sobresalientes, a juicio de la Comisión de Vecinos Espectables.
7. Todo aquel que debe ejercer la medicina pasará después del diploma un año de práctica encerrado en un monasterio de benedictinos, en el cual estudio dará razón visible de su sentido moral, amor al prójimo, capacidad de sacrificio, despego del dinero, decencia, cortesía, equilibrio mental, discreción, gerontocracia y reivindicación, además de sus capacidades técnicas, bajo la alta

dirección del doctor Alberto Castaños.

Cópiese, publíquese y cúmplase,

Sancho I

Dictado lo cual, enjugose Sancho el sudor y diose una gran palmada en la barriga en señal de autosatisfacción de sí mismo, pasando al punto a inaugurar los festejos, los cuales consistieron aquel día principalmente en un festín de glicosurias y paradigmas suprarrenales con acompañamiento de organismos parastatales y donaciones inter-vivos, según el binomio de Newton y la ley de Huglings-Jackson.

11. Venido de Europa

Apenas hubo el matinal Apolo alegrado con su anchurosa y rojiza faz los cielos, las aguas y los aires, haciendo prorrumpir en gorjeos a las canoras y pintadas avecillas, incluso los autos, los lecheros y los vendedores ambulantes de ojos artificiales, cuando se levantó él solito el nuevo Gobernador del mullido lecho y maldiciendo de atroces e inurbanos a los ruidos de la urbe, tomó su baño y su desayuno y, después de jugar un partido de bochas, ingresó en la Sala de las Internas Investigaciones para despachar los asuntos del día.

No bien se hubo sentado en su trono, ingresó el Detective Mayor del Reino acompañando respetuosamente a un gran mastuerzo con una gran valija y un traje de viaje de suprema elegancia consistente en golf-boots, silk-stockings, travel-breeches, dinner-jacket, foulard y coco-bar con plumas. Mirole con admiración no exenta de asombro, y volviéndose al pesquisa, le dijo:

-¿Qué pasa?

-No podía desembarcar del buque de gente que lo esperaba en el puerto.

-¿Para qué?

-Para saber noticias verdaderas. Es el Hombre que Viene de Uropa.

-¿Y qué trae?

-Las últimas novedades, Esplendencia.

-¿Y preso por qué lo puso?

-Hay que andar con cuidado con los ínsulos que viven en Uropa.

-Pero, ¿no es uropeo éste?

-No, señor, es ínsulo. Es de aquí, pero vive en Uropa con la plata de los campos que tiene aquí.

-100-

-¡Satanases!, yo creí que era d'Uropa por la traza del vestir -dijo Sancho-. Pero ¿no dicen que d'Uropa viene siempre el progreso?

-Esplendencia, el progreso viene. Pero no siempre todos los progresos de golpe le convienen a todas las ínsulas de la misma manera y en cualquier momento dado.

-¡Satanases!, ahora se me recuerda -dijo Sancho vivamente- que en los anales secretos de la Ínsula está escrito de unos ínsulos uro-pensantes que en otrora trajeron el progreso; y salió tan caro, que lo único que resta ahora es la escuela laica, los gorriones, el sorgo de Alepo, las elecciones, el divorcio en Montevideo, los politiqueros, los pasquines, los pulpos de la gran finanza y parte del territorio en poder del

extranjero...

-Esplendencia, eso es Evangelio puro. Y si eso pasó con aquellos que fueron los primeros que vinieron d'Uropa, ojo al cristo con éste, que es el Último...

Volvióse Sancho al interfecto, que muy cuellierguido, pechisacado y perniabierto, con su kodak en bandolera como una espada, lo miraba con nonchalante y le preguntó afablemente:

-¿Qué tal l'Uropa?

-¡Oh! -dijo el otro-, ¡oh!

«Prestigio de flores de lis,
perfume de labios en flor,
¡París! ¡Oh, París! ¡Oh París!
¡Infinito amor!».

-Eso hay portodo -dijo Sancho-; y tampoco se quedan atrás las mozas desta Ínsula; pero yo quisiera saber las novedades de l'Uropa, sobre todo las que estañen al buen gobierno de las ínsulas...

-¡Oh! -exclamó el otro.

«¡Bendita seas Francia, porque me diste amor!
En tu París inmenso y cordial, yo encontré
para mi alma abrigo, para mi cuerpo ardor,
para mis ideales el ambiente mejor
...¡y además una dulce francesa que adoré!».

-[101]-

-102-

-Nadie duda deso, señor -dijo Sancho con paciencia- si usted lo afirma; pero l'Uropa en general, ¿cómo marcha?

«Cuando juzgas a Francia, tu dialéctica es
rabiosa y sin embargo, mi querido escritor,
lo único que vale de tu obra es francés...
¡París ha sido siempre tu colaborador!».

-Yo no soy escritor, señor, ni me da el naipe para eso -dijo Sancho-, pero rápidamente quisiera saber qué pasa en Uropa y usted está hablando peor que

los diarios de l'Ínsula, que no los entiende nadie.

-En Europa la profecía de Renán se ha cumplido -replicó el otro-, la Ciencia ha barrido la Superstición.

-¡No entiendo el idioma uropeo! -dijo Sancho-; ¿por qué diablo no me habla el idioma de aquí y deja de jorobar la paciencia?

-Es el idioma de aquí no más -explicó Pedro Recio-, sólo que al llegar lo hablan así en difícil para hacer ver que vienen de Uropa. Siga preguntando no más, Gobernador, hasta acostumbrarse.

-¿No tiene por lo menos una foto de l'Uropa -dijo Sancho desesperado-, para ver cómo es l'Uropa?

-¿Mesié? ¿Ine foto? ¡Vualá! -dijo el turista en correcto francés, echando mano a la kodak y pasándole una vista panorámica; después de lo cual siguió declamando versos de Amado Nervo:

«No discutas los dogmas, los dogmas te complican,
observa, sí, los ritos simples, a la española,
reza siempre que doblan, ríe cuando repican,
oye misa el domingo y tendrás aureola.
Que si otros se salvaron con la ley natural,
yo para ti colijo razonando a mi modo,
que si Quirón salvese, siendo medio animal,
te salvarás mejor tú que lo eres del todo.
Éste es él humorismo del ático Anatolio,
¡oh, mi amigo insulano, piadoso, tonto y bueno!...
-103-
¡oh mi amigo argentino!...».

Mais qu'est que c'est que za? Mais qu'est que c'est que za? Mais qu'est que c'est que za?

Sancho se había alzado hecho una furia con la foto en la mano; y todos creyeron que le iba a pegar al turista, que retrocedió dos pasos.

-¡Qué me muestra usted aquí, pedazo de sinvergüenza! ¿Éste es el progreso y la civilación -gritó Sancho-. ¡Aquí no hay más que una punta de hombres matándose, unos con cascos de acero y paracaídas y otros con kepís y una especie de chiripases; por todo hay miembros humanos a pedazos y una mujer huye despavorida con un hijito en los brazos! ¿Y éstas son cosas para decir versitos? ¿Y ésa es l'Uropa?

-Ésta es Uropa, señor. Están en guerra -contestó el doctor Pedro Recio, parándolo a Sancho.

-¿Y por qué están en guerra?

-Por defender la civilación cristiana.

-¿Y quién la defiende de los dos en guerra?

-Los dos, señor; cada uno a su modo.

-¿Pero cuál es el modo bueno?

-Los dos son más o menos iguales, señor: avaricia, mentira, inhumanidad y violencia. Sólo que unos echan por el camino de la brutalidad, y los otros

de la hipocresía.

-¿Y qué dice el Papa, a todo eso?

-Está apoyando a los dos a la vez, señor, por lo menos según dicen ellos.

-Medrados estamos -dijo Sancho-, yo, la civilización cristiana y la punta del sauce verde que se partió con la tormenta. No es así la doctrina que me enseñó mi padre. Yo aquí no entiendo nada. Hay que pensar.

Plantó Sancho el puño en el redondo moflete, cerró los ojos y se puso a meditar; por lo cual todos los Cortesanos se pusieron de inmediato los puños en los mofletes, cerraron los ojos y empezaron a meditar, mientras el turista declamaba en voz baja versos de Fernando Ortiz Echagüe; hasta que Sancho sonrió y abrió de nuevo los grandes ojos claros, puros como los de un niño.

-104-

-Basta -dijo Sancho-. Aquí hay que rezar mucho, y no hacer nada sino sólo lo que Dios y el Papa claramente manden, con tal que no sea lo mismo que la Banda Oriental. Hay que declararse neutral, y ante todo serlo, de cuerpo y alma. Y usted, seor tirista, abra su valija y muéstrenos los últimos inventos del progreso d'Uropa a fin de adaptarlos a las necesidades desta pobre Ínsula.

Despanzurró el otro de un saque su valija cierrelámpago y prorrumpió con verdadero entusiasmo:

-Señor, los últimos inventos de la civilización europea son: 1. La bomba de matar mujeres solas; 2. El cuentito del hombre malo; 3. El gas para atontar gente. Le vualá, tus le truá! Atención ahora.

Sacó el turista de la valija la bomba de matar mujeres solas, al ver la cual la mucama de Sancho que estaba espionando, y la taquígrafa que estaba copiando la sesión por cuenta de Cide Hamete (hijo) dieron un grito y quedaron desmayadas, mientras el uropeizante explicaba:

-Señor Gobernador, esta bomba es lo más prodigioso que jamás se haya ingeniado en el mundo. Usté la deja caer en medio de una ciudad abierta, sin objetivos militares, y no hay cuidado que un solo soldado, ni un solo militar será tocado, solamente quedan secos un tendal de mujeres y niños y una punta de hospitales se derrumban, lo mismo que la Nunciatura y la Embajada Norteamericana. Fue inventada en tiempo de la Guerra Santa en España.

-¿Y para qué sirve?

-Para ganar la Guerra Santa.

-¿Matando mujeres?

-Justamente, señor. Usté introduce en los aviones enemigos, por medio del contraespionaje y los diarios de la tarde, una carguita de estas bombas...

Los enemigos comienzan a matar mujeres que da asco, los soldados de usté quedan intactos y arrollan la línea Sigfrido-Maginot, en tanto que todo el mundo neutral y civilizado da grititos de horror y lástima, con cargamentos de trigo, al ver cómo son de brutos y de salvajes los contrarios.

-Entendido -dijo Sancho-. Me gusta la táctica. ¿Y el otro invento?

-¡El cuentito del hombre malo!

-105-

Salió de golpe del valijón uropeo un enorme y horroroso demonio animado, cubierto de sangre y lodo, con en la diestra un bebé a medio devorar, y en

la siniestra una antorcha encendida. Aquí se desmayaron de nuevo la mucama y la secretaria con casi todos los Cortesanos; pero Sancho lo contempló impertérrito, aunque sentía que el pavor le inundaba despacito las entrañas como un río helado.

-Este artefacto, señor Gobernador, es un alarde de técnica -dijo el turista-. Como usted ve, no tiene cara, y también sirve para ganar la guerra. Usted toma la cara del contrario, pero no la del pueblo, sino la del jefe -que es quien tiene la culpa toda- y se la plantifica al demonio, levantándolo enhiesto. Toda la gente que lo ve, neutral y civilizada, se asusta, se enoja, le agarra rabia y empieza a gritar: «Aquél tiene la culpa de la guerra, aquél tiene la culpa de todo. Si aquél muriera, todo volvería a ser paz, confort, concordia, dulzura, fraternidad humana por encima de todas razas y religiones, diversión, farra, riqueza y
¡París! ¡Oh París! ¡Oh París!
¡Infinito Amor!».

-¿Y el otro qué hace?

-El otro es un estúpido y se calla. Y se empieza a afligir y descorazonar, o sea lo que dicen perder la moral. No duerme de noche. Se levanta tarde. Se olvida de contestar la correspondencia. Hasta que un día el pueblo se cansa, lo echa, y proclama la República, en el cual preciso momento entramos nosotros y hacemos la paz perpetua, el desarme universal y la Sociedad de las Naciones.

-¡Me gusta el truco! -dijo Sancho-. Saque el otro, che tirista, pero por favor, si es feo, deje que salgan primero las señoras.

-Apsolumán pá! -dijo el otro-. El otro es un disloque de ingeniería. Se trata de un gas. El Gas de Atontar la Gente -dijo sacando una retorta de vidrio llena de un humito verdoso-. Usted suelta este gas y la gente se duerme o se pone fula; y entonces usted hace lo que quiere. Empiezan a ver solamente las cosas lejanas, y éstas, bastante -106- mal; y no ven las cosas que están cerca. A ocuparse de las cosas que no les importan, a discutir cosas que no entienden, a sentir amor y odio por cosas que no distinguen o que simplemente no existen; y andan por la calle boquiabiertos haciendo un derroche de palabrería: «¿Viste, che? ¿Qué te parece, che? ¿Quién tiene razón? ¿Quién querés vos que gane? ¿Hay novedad, che? ¿Qué pasará, che?» y se traban en reyertas inverosímiles. Y entretanto usted puede apoderarse de todas sus fortalezas, sus líneas de acero, sus cajas de fierro, sus comandos, sus casas, sus escuelas, sus cátedras, sus canonjías, sus púlpitos, sus comercios y sus premios literarios tranquilamente. Ni se dan cuenta los pobres atontados.

-¡Cosa bárbara! -dijo Sancho-. ¿Y cómo se fabrica eso?

-Señor, química orgánica pura. Primero alfabetismo y laicismo, después mucho sentimentalismo pasado, un poco de lujuria si es posible, y un extracto concentradísimo de elixir de diarios de la tarde con un poco de los de la mañana.

-Tiene un olor dulzón que a mí mismo me gusta -dijo Sancho que estaba oliendo el matraz despacito.

-¡Gran invento, Majestad! ¡Gran invento! El primer paso fue el hallazgo de la Mentira Periodística Lícita (o sea Libertad de Prensa) de la cual ya

decía su antecesor Cide Hamete:

«...Alfín, alfín, palabra de poeta
que mienten todos más que la Gaceta».

Después se encontró que se podían fabricar en serie, y se hizo la Máquina de Maquinar Mitos -o sea la Propaganda-. Ahora ya se destila en forma de gas, y uno al otro los infectados por la máquina se transmiten el tufo y se convierten en productores autónomos de gases. Con estos gases se han capturado infinitos fuertes, se han hundido infinitos buques y se han ganado infinitas batallas en la actual guerra.

-¡Magnífico! -dijo Sancho-. Y ahora, señor mío, hablando aquí inter dos, ¿usted qué opina en puridad de la -107- civilización uropea, y quién cree usted que ganará la guerra?

Pero antes que pudiese contestar, sonó con rimbombante estruendo el gong de órdenes, marcando el tiempo de cerrar el debate y proceder al Decreto del día. Sacudió Sancho la cabezota, que ya con el gas se le estaba embolismando, y obediente siempre a la Constitución de la Ínsula, cortó su charla y dando el sacramental golpe con el garrote en el suelo, dictó el siguiente

Decreto

Considerando a la vista de las últimas novedades de Uropa que a Uropa la debemos de respetar, pero no en las idioteces que haga, no estando obligados nosotros a imitar sus locuras, porque la Locura es hija del Pecado, y el Sentido Común en vez es hijo de Dios, ordeno, juzgo y dispongo:

1. El presente viajante tirista será enviado de nuevo a Uropa con el cargo de Informador General de Inventos Útiles Para la Ínsula, con la cuarta parte de sus rentas para sustentarse, aplicándose el resto a la Sociedad de Beneficencia.
2. En caso de negarse a volver a

«¡París! ¡Oh París! ¡Oh París!
¡Infinito amor!».

ahora que hay batuque, se le confiscarán todos sus bienes para que aprenda a descastarse, a perder la insulanía y a venir aquí hablando en idioma uropeo.

3. La Bomba de Matar Mujeres solas se entregará a los técnicos insulanos, con el fin de reformarla para que mate solamente Mujeres Poetisas, Declamadoras, Cantadoras y Conferencistas de Radio, entregándose luego iso fasto a la Policía de la Capital, para su uso en caso de crecer demasiado

la dicha plaga.

-108-

4. El Cuentito del Hombre Malo se entregará al Consejo de Educación con el fin de asustar y asmedentrar -¡justé póngaló como sea, Escribano!- a los pibes desta Ínsula, empezando por los estudiantes universitarios, que con la política y la lectura de revistas ilustradas como El Tony, El Purrete, El Tibis, Atlántida, Figuritas, Caricatura Universal, Hijito Mío, Viva Cien Años, se están volviendo sobremanera descarados, se están avivando mucho y se están poniendo insoportables.

5. El Gas de Atontar la Gente se entregará al juez Jantus para su uso discreto en tiempo de elecciones en orden a simplificar y abaratar las campañas políticas, consiguiéndose de ese modo la tan deseada organización de los partidos políticos que piden los diarios La Nación y La Prensa... Después de lo cual, leído de nuevo el Decreto y vueltos a poner en su lugar los gerundios aplicándose, entregándose y consiguiéndose que el Escribano había borrado, dio el feliz Gobernador la señal de los festejos, los cuales consistieron ese día principalmente en una lluvia de paracaidistas en retirada estratégica ante concentración de tropas en todas las fronteras, ordenada por la coordinación de los comandos aliados y desaliados.

12. Los Cortesanos

Apenas hubo el rubicundo Apolo asomado tímidamente desde el Orco la parte superior de su cuerpo astral, cuando arrancaron al nuevo Gobernador de las haraganas lanas y lo llevaron a la Sala de las Resoluciones Perentorias para despachar los asuntos del día. Agatas se hubo sentado en su trono, cuando se abrieron de par en par los portalones y apareció el Capellán Mayor del Reino trayendo de las manos sendamente a dos jóvenes varones bien vestidos y muy parecidos que se dirían gemelos, a no ser que uno tenía cara de angelito, y el otro un rostro atravesado de facineroso nato, los cuales se plantaron, perniabiertos, a los flancos del Capellán.

Después de lo cual entablose entre Capellán y Gobernador el diálogo siguiente

SANCHO.- ¿Qué es esto?

CAPELLÁN.- Éste, señor Gobernador, es un joven cretino de buena familia que trae una recomendación para conseguir un puesto público bien retribuido y poca complicación y laburo, como aquel italiano que puso un aviso en el Mattino d'Italia, que decía:

«Si cerca impiego:

Poco da fare

molto tempo per farlo

ben pagato».

SANCHO.- ¿Y usted que me aconseja?

CAPELLÁN.- Le aconsejo que no le dé nada el puesto y que lo saque a patadas.

SANCHO.- ¿Y el otro?

-110-

CAPELLÁN.- El otro es un mozo haragán, vicioso mal educado, que no tiene oficio ni ganas de trabajar, ni sabe nada de nada, aunque aprendió el bachillerato para mal suyo, que es sobrino del caudillo de mayor arrastre en la zona, y, en consecuencia, pide a Su Resplendencia lo nombre Diputado, Rector de la Facultad de Filosofía, Plagiario Autorizado de Libros, Director General de Rentas o cualquier otro cargo que no baje de 15000 escudos mensuales.

SANCHO.- ¿Y usted qué aconseja?

CAPELLÁN.- Que lo moche de un garrotazo.

SANCHO.- ¿Y por qué?

CAPELLÁN.- Porque de acuerdo al inciso 2 del artículo 45 de la ley 407879 las recomendaciones están abolidas; y el inciso 3 establece que los puestos públicos han de adjudicarse sin excepción a jóvenes meritorios, preparados, de buena sangre, íntegros, trabajadores, honrados y con certificado de buena conducta si son casados...

SANCHO.- ¿Si son casados?

CAPELLÁN.- Con certificado de buena conducta del comisario, la portera y el párroco y, si son casados, también de la mujer y la madre política.

Sonrió Sancho mostrando en su ancha y honradota cara las más vivas señas de aprobación, por lo cual todos los Cortesanos mostraron en sus propias caras las más vivas señas de aprobación. Cesó Sancho de mostrar aprobación y en consecuencia cesaron también todos los Cortesanos de mostrar aprobación. Frunció el ceño Sancho con muestras de perpleja duda y todos los Cortesanos lo mismo se fruncieron, dudaron y se perplejaron. Entonces dijo Sancho:

-Todo eso me parece bien y legalmente establecido. Pero una duda me inquieta: ¿qué haremos con todos estos Cortesanos que me rodean?

Pues yo recuerdo que todos llegaron hasta aquí a fuerza de recomendaciones, por lo cual no dudo que todos son cretinos de buena familia y sobrinos de caudillos de mayor arrastre.

Temblaron al oír esto todos los Cortesanos, esta vez sin mandato de nadie. Pero el Capellán contestó muy templado:

-[111]-

-112-

-Se debe fletar una draga y trasladarlos en masa a las Orcadas del Sur, con bastimento de pan para dos años y toda clase de implementos agrícolas, mineros y ganaderos con el fin de fundar allí una colonia autóctona.

-Me parece demasiado inhumano... -exclamó Sancho plañideramente.

-Señor Gobernador, hay que dar el tajo seco. Si empezamos con distingos, no se hace nada; sin contar que el trabajo y la naturaleza les serán saludables, y remediarán en ellos los estragos de lo que llaman buena vida.

Miró Sancho su corte temblona, y vio que en efecto todos ellos tenían fachas de poca salud: unos asténicos con gafas negras, otros pícnicos de abultados calzones, otros displásticos de ambiguo sexo y otros galanes y buenos mozos de idiota continente; por lo cual tomando su coraje a dos manos hizo invadir inmediatamente la sala por los granaderos y cumplirse a la letra el severo dictamen de Torquemada, que así se llamaba el Prebendado. Después de lo cual entregó todos los puestos del Reino a jóvenes meritorios, preparados, de limpia sangre, íntegros, trabajadores, honrados y con certificado de buena conducta.

Pero aconteció que a medida que la Ínsula empezó a prosperar como primavera, y las cosas públicas a marchar derecho y fino como un reloj bien aceitado, la salud del Gobernador empezó a declinar visiblemente y su actividad y su energía habituales ahogarse en una especie de lenta melancolía. Por lo cual un día mandó llamar al Capellán y le dijo:

-Está bien que estos muchachos trabajan como unos bárbaros y mantienen toda mi curia en un tejemaneje de telar automático; pero no basta. El pueblo está contento; pero a mí se me va la vida.

-¿Y por qué causa?

-Cuando estaban los otros Cortesanos, yo decía un chiste y ellos se reían. El chiste era malo; ahora me he convencido que no sirvo para chistes; pero ellos me lo reían igual. Lo mismo cuando yo hacía sentencias, versitos, dichos célebres, aforismos y apostemas; ahora me he convencido que era pura viruta, pero ellos me los celebraban, y yo me animaba y me esforzaba al trabajo. Porque -113- una cosa es el trabajo y otra cosa es la alegría. ¿Y qué vale el trabajo sin alegría? O como dice Raumsol, ¿qué vale la eficiencia sin la redundancia?

Miró Sancho al Capellán para ver el efecto de su apotegma, pero el Capellán se quedó impasible, más seco que un bacalao muerto; por lo cual aumentó al colmo la melancolía de Sancho, que se puso a rogarle con voz plañidera y lamentable que le devolviese sus viejos Cortesanos.

Ablandose el Capellán al cabo y le permitió el retorno de sólo uno; y aun eso con grandísimo temor; pero Sancho ordenó de inmediato que le trajesen tres Cortesanos viejos, uno para el diario, otro para el disanto y el tercero de suplente, a los cuales nombró Concejal, Interventor y Ministro de Nutrición y Educación Pública para tenerlos siempre a su lado. Viendo lo cual el Capellán movió la cabeza diciendo filosóficamente:

-He aquí cómo hasta el cretino tiene su función en el mundo, y no hay criatura de Dios que no tenga su utilidad sobre la tierra. Y nadie puede ser demasiado perfecto, sino Dios sólo; porque al fin y al cabo -concluyó el Capellán sentenciosamente, conocedor de las cosas humanas- ¿qué viene a ser la virtud, al menos esa ordinaria, sino tener un poco de gobierno de los propios vicios? Entonces ordenó el Gobernador resucitado que se hiciesen en toda su Ínsula grandes festejos, consistentes principalmente en corridas en pelo de tauras y toros, golpes y planteos militares, iluminación de frentes

populares, calesitas de cambios de gobierno, cargas de caballería y descargas de artillería, carnavales ecuestres, payasadas olímpicas, y una elección general de diputados con oratoria política por radio en todas las esquinas y carteles alusivos al acto.

13. La Zahorí o Detectara

Apenas hubo el diamantino Febo asomado del espumoso tálamo de Tetis la cabeza amarillentoverdusca para desesperación de Fernández Moreno (hijo) que esa misma noche escribiera en un poema que era rubicunda y rosada, cuando arrancaron al nuevo Gobernador de un catresofá donde mal que bien liquidaba una pregripe en serie, o séase resfríos encadenados, y lo llevaron a la Sala de los Pronunciamientos Perentorios para resolver los asuntos del día. No bien se hubo mal sentado en su trono de mala gana, cuando entró el Alguacil trayendo sujeta a una mujer muy maquillada, con un ajustado vestido de seda color chillón, las manos tintas de tinta, una tijera en una mano y en la otra un bloque Coloso, la cual despedía de sí una especie de sospechosa jedentina. Frunció el Gobernador los robustos morros, y dijo casi imperceptiblemente:

-Ésta es de las que se ponen rouge y no se bañan.

-Todas las mujeres, so guarango -dijo la otra alcanzando a oírlo-, hasta la casta Susana, puestas en trance de opción, elegirán el rouge antes que el baño, puesto que la Belleza ontológicamente hablando, o mejor dicho ópticamente considerada, es superior a la Higiene.

-Ninguna de las dos me acompaña mucho en este caso -dijo Sancho, aunque despacito, por no discutir con una señora.

-Es usted profundamente ígnaro -prosiguió ella- de la psicología femenina.

-¿Cómo dice?

-Ígnaro, o sea, ignorante, hablando vulgarmente.

-¿De qué cosa?

-De la psicología femenina.

-116-

-Mi señora no usa de eso -dijo gancho con violencia-; ¡ni creo que sea necesario a ninguna mujer decente!

Y volviéndose con despecho al Alguacil, le dijo:

-¿Qué pasa aquí?

-Señor -dijo el Alguacil-, es el perfume o aguacolonia que usa ella, llamado Tufo de Pedantería.

-No hablo deso -dijo Sancho irritado-, sino del crimen que ha cometido o desea cometer.

Tomó entonces la mano el doctor Pedro Recio y contestó informando:

-No quiere pagar el impuesto a los réditos.

-¿Cuánto debe?

-Cien mil escudos deste año y cien mil del pasado año.

-¿Y por qué no quiere pagar?

-Dice que pagará cuando su Esplendencia haga una pragmática que proteja sus legítimos derechos en la venta de sus productos.

-¿A qué se dedica?

-A la industria nacional.

-Pero, ¿qué industria?
-Fabricante de libros de texto para malos maestros.
-¿Y no para maestros buenos?
-Los buenos maestros, Esplendencia, son pocos; y además no necesitan tanto del libro de texto. El negocio está en hacer libros para maestros ígnaros.
Frunció otra vez el morro Sancho al oír ígnaro y preguntó:
-A riesgo de pasar por zíngaro, dígame, doctor Pedro Recio, ¿qué es un libro de texto?
-Es un manualete pequeño, feo y caro que contesta en forma breve a todas absolutamente las preguntas nuevas del nuevo programa.
-¿Y cómo sabe ella, que me parece tiene también medio facha de zíngara, todas esas preguntas nuevas?
-No es que las sepa propiamente -replicó Pedro Recio-, sino que mal que bien las copias de libros hechos por hombres que las saben...
-¿Y qué van ganando en eso los hombres que saben?
-Absolutamente nada, Esplendencia. Los que van ganando son ella, el llamado editor o librero, y algunas veces el inspector, alto funcionario o profesor que bajo -[117]- -118- mano y como quien no quiere la cosa va recomendando o imponiendo el libro.

[Página 117]

-Comprendido -dijo Sancho. Y volviéndose a la interfecta con voz aflautada y melosa, le dijo-: Aunque ya he pasado helás el tiempo de la juventud jacarandosa, y ahora todo mi interés se concentra en gobernar bien esta Ínsula, única manera de salvar mi pobre alma, ¿no es así, Capellán?...
-Así es, Esplendencia.
-...Sin embargo sé todavía -dijo Sancho no sin qui jotismo- lo que se debe a una dama; por lo cual le ruego me informe menudamente de su asunto, empezando por esto: ¿cómo se hacen esos libros que usted hace?
-Si una no es ninguna ígnara -dijo ella- y tiene un poco de audacia, es como «soplar y hacer botellas», que diría el folklore, Esplendencia. Una debe estar muy atenta a cuándo entran los dolores de dar a luz un nuevo programa al Director General de la Instrucción Gratuita; y si es posible, ver la criatura antes que nazca, quiero decir, metafóricamente, antes de publicarlo los diarios. Todo está en llegar antes que nadie. Sale un programa digamos de Cosmografía: usted agarra el padre Brugier, que fue un sabio desos del tiempo de García Moreno y le dio por pasarse la vida estudiando eso, y usted se lo acomoda o mejor dicho adapta o interpreta: corta aquí, tira allí, suprime acá, cambia un término acullá, pone algunas notas de títulos de libros nuevos -alemanes si es posible- y hace un prólogo diciendo que hacía 20 años usted estaba haciendo ese libro y ahora la Providencia le da pie para llenar con él un vacío notable en la cultura nacional, a la cual echa dos o tres turiferancias, por las dudas.
-Y dígame -dijo Sancho- ese sabio que usted dijo que hizo el primer libro, ¿cuánto fue en el negocio?
-Le dieron 60 escudos y 25 ejemplares de la obra. Y es demasiado todavía... Los sabios son así, Esplendencia. Hay que tenerlos bien sujetitos. Dios nos guarde que tuviesen dinero. Se lanzarían como fieras a los cafés, a los cines, a las carreras y a la ruleta de Mar del Plata.

Para que trabajen hay que tenerlos muertos de hambre. Así -119- los hizo Dios, y no hay vuelta que darle. Y es una suerte que así sea, por lo menos para nosotras.

-Y dígame -dijo Sancho-, ¿en qué consiste propiamente su trabajo de usted, ya que veo que paga impuesto por millones de pesos de réditos?

-Ya lo dije, Esplendencia -respondió ella un tanto ofendida-. Mi trabajo consiste en hacer lo que Dios haría, si Dios existiera, como dice aristocráticamente Ortega Ankermann, director de la revista Atlántida. Los sabios, por si usted lo ignora, las cosas claras las escriben claro, las cosas oscuras las escriben oscuro, las cosas difíciles las escriben en difícil, y, finalmente, las cosas que no las saben, dicen impudicamente que no las saben, exponiéndose a las estultas risas del vulgo ígnaro...

-aquí se notó un pequeño temblor en Sancho, al oír de nuevo el término ígnaro-. ¿Cuál es mi trabajo? Poner claras las cosas oscuras, simplificar lo complicado, hacer fácil lo difícil aunque sea entelequiando y esquematizando, o como dice el vulgo ígnaro, macaniando un poco. Total, ¿qué mal puede hacerle a un chico que el rey Asurbanipal no sea en realidad hijo de Tucul-Tininip sino de otro rey cualquiera, pongamos Teglap-Phalassar? Gracias que sepa quién es su padre, el chango. La cuestión es pasar el bachillerato. La escuela es para la vida, Esplendencia, y no la vida para la escuela. Ahora, eso sí, los sabios ponen el grito en el cielo cuando una les modifica la pedagogía -aquí se notó que Sancho hacía una seña imperceptible a un hombre al fondo de la sala-. Señor Gobernador, no he visto jamás peor paidólogo que un hombre verdaderamente sabio.

-Y dígame -dijo Sancho haciéndose unas puras mieles-, ¿qué se hace cuando uno se encuentra enteramente zíngaro de algunas cosas, pongamos del significado de una palabra desas nuevas que no están en el diccionario?

-Entonces, Gobernador, entra la parte heroica de nuestro oficio. Hay que hacer fuego al rumbo, guiándose más o menos por el sonido. Supongamos que usted tiene que contestar esta pregunta: «La conciencia refleja y sus relaciones con el espíritu objetivo»... ¿Usted sabe lo que es conciencia?

-120-

-¡Y cómo no! -dijo Sancho rápido, con un miedo bárbaro que le preguntasen lo que era.

-Bueno, cuando yo hice mi primer manual de Psicología no lo sabía. ¿Qué hice? Escribí lo siguiente: «La conciencia viene a ser la interioridad vivencial de la persona en cuanto la persona se totaliza vitalmente en el Tiempo. De manera entonces que la conciencia refleja es la que acompaña la vivencia, no por intususcepción, sino por repercusión simpática al contacto de los otros actos o fragmentos de actos»... Y bien, no solamente no me pasó nada, sino que acerté de plano: fui felicitada por todos los críticos que bibliografiaron mi libro. Y en La Prensa dijeron que hacía progresar la Psicología nacional y me copiaron tres términos en el editorial de aquel día. Una persona inteligente con un poco de labia, créame Gobernador, en la docencia insuleña nunca se queda en seco.

-Ya lo veo -dijo Sancho, y luego, deshaciéndose en zalemas, le preguntó con dulzura-: ¿Y qué es lo que podría hacer por usted, hija mía, este Superior Resorte?

-Simplemente una sencilla ley orgánica de la enseñanza media otorgándome

la exclusiva desta industria de los libros de texto, que se está complicando inútilmente por la competencia desleal de tantos que han oído el negocio; con un inciso en que se mande al Director General de Instrucción Gratuita que cambie todos los programas al menos cada tres años, a fin de dar movimiento a la industria nacional.

-¡Soberbio! -gritó Sancho; y al son de esta palabra tonante se alzó detrás de la pedagoga, como surgido del Orco, con su tabardo de negro terciopelo, el capuchón sobre la cara, los dos ojos ardiendo y el hacha fulgurante, una figura de horror y de sangre: el Verdugo de la Ínsula. Se desplomó por el suelo la desdichada al verlo, gritando con voz que puso lástima y compasión en el corazón de todos:

-¡Condenada a muerte! ¡Oh Dios! ¡Condenada a muerte!

Pero antes que el legal matarife pudiese llenar su cruento cometido, cruzose por delante, todo concitado y -121- encendido, el Capellán del Reino, apostrofando temerariamente al Gobernador implacable y totalitario:

-¡Os he dicho que no podéis en conciencia decretar súbitamente ejecuciones capitales sino en casos muy extremos! ¡Debéis condenar a muerte según la ley, y en unión al Consejo Secreto, previo proceso, defensa y prueba!

-¿Y qué dice la ley? -interpeló Sancho.

-Que sólo plegaranse a pena cápitis estos cuatro crímenes atroces: matar un hijo a sus padres, matar una madre a su hijo, cometer sacrilegio un sacerdote y hacer moneda falsa.

-¡Queda condenada a muerte por los tres últimos incisos; y si me apuran, también por el primero! -dictaminó Sancho secamente-. Y usted vaya a decir misa.

Adelantose entonces el doctor Pedro Recio con varios miembros del Consejo Secreto, que no dudaron en exponer peligrosamente su necesario anonimato por compasión a la infeliz allí tirada llorando a mares, y dijeron a Sancho:

-Tened piedad della, que no tiene toda la culpa del daño que ha causado. Antes que tuviese uso de razón, la hicieron normalista.

Suspiró Sancho profundamente entonces y dijo con lentitud majestuosa:

-No hay que ser malos con las mujeres, pues los que son malos con las mujeres mueren muerte repentina, según me enseñó mi madre. En uso pues de la suprema potestad que tengo de castigar los cuerpos para salvar al menos las mentes, inflijo la pena de cadena perpetua y trabajos forzados en el convento de las Ursulinas desta capital para esta desdichada engrupida. Su trabajo consistirá en leer todos los libros de texto que aparezcan en mi Ínsula en orden a detectar los maestros malos y distinguirlos de los buenos, sirviendo así al Procomún con lo mismo que antes hizo daño, ya que tan zahorí fue para eso; los cuales maestros malos ingresarán en listas juramentadas y selladas al Archivo Interno de nuestro Real Consejo Secreto: no para suprimirlos de golpe, que sería una catastro o sea hezcatacombe en la Ínsula matar tanta gente de golpe; sino para irlos anulando con misericordia -122- y decencia, almenos no ascendiéndolos ni dándoles mando y gobierno. Porque como dijo Santo Tomás -y aquí el señor Capellán no me dejará mentir- uno debe desear suprimir todos los males; pero a veces resultaría deso un mal mayor; y entonces debe tolerar una parte menos mala mientras ataca a sangre y fuego lo más urgente. Miró Sancho todo alrededor a ver si lo aprobaban; y viendo que parecían

contentos, dio inmediatamente la señal de los festejos, los cuales consistieron ese día principalmente en una exposición de homeopatía y labores escolares acompañada de una escuela activa y cinco pasivas en trance de alquitranamiento y calafateo interno.

14. Lenguas Vivas

Apenas hubo el rubicundo Apolo incendiado los ámbitos nacarinos de los siete u ocho continentes, cuando se sentó Sancho I el Único en su silla curul, dispuesto a hacer justicia, dispensar mercedes y otorgar audiencias. Inmediatamente apareció el doctor Pedro Recio de Agüero acompañando a un señor grave y solemne de profesoral continente; el cual, haciendo al Gobernador una profunda reverencia, le dijo:

-Mi padre es más bajo que mi hermano; pero mi primo es más inteligente y más gordo.

Después de lo cual se entabló entre el Gobernador y el preso el siguiente diálogo:

SANCHO.- Yo soy el nuevo Gobernador de esta ínsula, señor. ¿Qué hay de nuevo?

HOMBRE.- Usted es el nuevo Gobernador, pero el duque de Finlandia no es menos poderoso que el prefecto de Filadelfia.

SANCHO.- Así será; pero lo importante ahora es venir al caso.

HOMBRE.- Lo importante es venir al caso; pero la casa es más cómoda (confortable) que la choza, y la choza es menos grande (o sea amplia) que el palacio.

SANCHO.- ¿Se trata de un pleito de bienes raíces, para hablar claro?

HOMBRE.- Se trata de bienes raíces; pero la raíz no es lo mismo que el tallo, y el tallo está siempre coronado (o cubierto) de sabrosos frutos y esmaltadas flores.

SANCHO.- Le diré, señor, con su respeto, que de todo lo que usted dice no entiendo un jerónimo.

HOMBRE.- No entiendo un jerónimo. Muy bien. Pero Jerónimo no es el novio (o prometido) de Luisa, en tanto -124- que Pedro no tiene el menor parentesco con la abuela de Gumersindo.

SANCHO.- Y entonces, señor, ¿por qué demonches no va a contárselo usted a su propia respetable abuela?

Sonrió el hombre con resplendente satisfacción al ver que había reducido de nuevo al Gobernador al capítulo de los parentescos; y prosiguió enérgicamente, articulando netamente cada una las sílabas:

HOMBRE.- Mi abuela es respetable; pero mi hermana la menor (la más pequeña -ita, o sea, la más chica- ita) es la más inteligente, la más bella y la más honesta muchacha (o sea doncella) del Universo (o sea Mundo).

SANCHO.- (Alarmado.) Nadie lo ha negado, señor; pero aquí se quiere saber si usted desea algo, o qué asunto lo trae.

HOMBRE.- Deseo algo; pero mi padre desea la Dirección General de Rentas y el Ministerio de Hacienda, mientras que -en tanto que o sea

mientras tanto que- mi madre desea un palacio en la Avenida Alvear. Aseñó Sancho con disimulo al doctor Recio, con el cual, como se hubo allegado, mantuvo pianísimo el siguiente coloquio:

-¿Es loco éste?

-Nulamente, Alteza; al contrario, es el hombre que escribe los libros para aprender inglés en 10 días.

-¿Y por qué habla desa guisa?

-Porque es justamente la guisa en que teóricamente hablan o deben hablar los que desean aprender un idioma extranjero.

-Pero la gente normal no habla dese modo.

-Rectamente juzga su Esplendencia; pero así lo ha decretado en esta Ínsula por razones de método la Dirección General de Educación Gratuita.

-¿Y es ése el mejor método?

-Eslo -contestó Pedro Recio cervantinogerchunóficamente-, porque de otro modo no lo hubiese elegido la Dirección General de Instrucción Gratuita; pero aunque no lo fuese, lo mismo habría que hablar dese modo, porque está mandado por la Dirección General de Instrucción Gratuita.

-[125]-

-126-

-Yo lo que quisiera saber, dejando arrequives y firuletes -dijo el buen Sancho francachonamente-, es si aprenden inglés dese modo, o no lo aprenden, los súbditos desta Ínsula. Eso es lo que yo quisiera saber.

-As a matter of fact -replicó good-humorously el doctor Recio-, le diré a su Resplendencia con confianza que aprender no aprenden; pero eso no es de consecuencia porque lo que interesa aquí es que se enseñe inglés y no que se aprenda inglés.

-Donosa respuesta -musitó Sancho-. ¿Cómo es eso?

-Sencillo. Si aprenden inglés los insulanos, entenderán inglés; y si entienden inglés, sabrán lo que piensan los ingleses; lo cual no interesa para nada a los ingleses.

-¿Y qué interesa a los ingleses, entonces?

-¿No lo ve su Omnipotencia? ¡Pues que estudien inglés sin aprenderlo!

-¿Y qué provecho hay en eso?

-Muy grande. Dese modo pueden ser empleados de tercer orden -200 escudos y niente ascenso posible- en cualquier compañía inglesa, al mismo tiempo que creerán religiosamente que la lengua, la literatura, la nación, el imperio y la raza inglesa son algo arcano, lejano, divino, insuperable y mágico.

-¿Y son así, si se puede saber?

-No lo son. Pero los altos empleados, que todos hablan inglés, saben inglés y piensan inglés, si es que no son ingleses, se sienten comodísimos cuando los bajos empleados profesan esa fe y respetan tal católica y necesaria creencia.

-Comprendo -dijo Sancho; después de lo cual cruzó las piernas, requirió el garrote y permaneció con los ojuelos perdidos en el

vacío; lo cual visto, todos los Cortesanos permanecieron también, o trataron de permanecer, con los ojos perdidos en el vacío. Entonces se irguió bruscamente el único y portentoso manchego, y enarbolando el garrote, gritó por dos veces con voz que quiso ser de trueno, pero apenas llegó a voz de batería de campaña, lo cual no es despreciable de todos modos, aunque no suene tanto.

-Look here, sir! Look here, sir!

-127-

Voz de mando que fue refuciladamente acatada por el profesor de inglés, el cual fijó los ojos en la punta del garrote, donde se habían referido los ojos de Sancho, al pronunciar la palabra here. Después de lo cual, prosiguió Sancho con su voz más insinuante y meliflua.

-Setenta y cinco rebencazos ¿le gustan a usted, mi señor diplomado? (seventy and five rebenky-strokes, do you like them, mister diplomate?).

-Setenta y cinco rebencazos me gustan -contestó el docente- pero también me gusta una máquina de pelar papas (machine-of-potatos-peeling).

-¡Magnífico! (Very magnificently!) -exclamó Sancho alegremente-. Será usted complacido. ¡Aló, Alférez! Entregue al interfecto inmediatamente una buena máquina de pelar papas a cargo de Gastos Generales Departamento Justicia Seca, acompañada de 75 rebencazos y de formal íntimo de abrazar desde hoy la carrera de auxiliar de cocina (vulgo pinche) so amenaza formal de destierro perpetuo de todos mis reinos en caso de reincidencia. Y proyéctese en mi Ínsula inmediatamente una Reforma General de Estudios, de tal modo que los que estudien inglés aprendan inglés efectivamente, porque de la otra manera no interesa.

Dicho lo cual dio Su Alteza el Gobernador la señal de los festejos, los cuales consistieron aquel día principalmente en un baile de gato, tupungato y tequendama, acompañado al saxofón por intensa actividad de patrullas, las cuales, siendo todas nazifascistas fueron naturalmente rechazadas con grandes pérdidas.

-[128]- -129-

15. La camisa del Hombre Feliz

Apenas hubo el boquirrubio Febo filtrado su cara yema e'huevo a través de la fulígene industrial y azufrada de aquel día caliginoso, cuando tomó asiento el nuevo Gobernador, penosamente sostenido por dos enfermeros en su regio sitial justiciero, dispuesto no ya a brindar remedio sino a pedirlo: desmayado el cuerpo, lacios los miembros, floja la barriga, caída la cabeza, mortecinos los ojos, fofo el belfo, huidos los otrora pintones y pimpantes colores de la cara, todo él viva estampa de la más mortal descompostura. Diéronle la tranca en la mano, y él dejose caer por el siniestro lado, al tiempo que entraba el doctor Pedro Recio de Agüero trayendo de la mano a los dos más grandes físicos de la Ínsula, el doctor Flaco y el doctor Gordo, pues éstos son los únicos nombres o sobrenombres

-si acaso- con que nos lo retrotrae hoy la Madre Historia -que es la más inexacta de todas las ciencias-, aunque es de suponer que se llamaban de otro modo.

El doctor Flaco, según la misma Historia oficial de la ínsula Agatháurica, era un tipito cenceño y nervioso que se había matado en la Facultad estudiando medicina y seguía estudiándola; curaba a los pobres de balde, y los ricos no le pagaban; se tomaba las mil penas, cuidados y desvelos por sus enfermos, los cuales abusaban que era un gusto; y finalmente, él la había tomado en serio su profesión -y qué le va a hacer si era así su carácter-, que es un lujo que hoy en día se paga caro. Adelantose pues el buen doctor Flaco al trono, y después de diligente examen y clínico interrogatorio, hizo su concepto y diagnosticó la larga y misteriosa enfermedad de Sancho desta forma:

-130-

-Esplendencía, aquí no hay nada roto orgánico, hay un desarreglo funcional, si así puede llamarse. Todo este decaimiento, melancolía, inapetencia y este hacerse el niño mimoso, no se deben como usted cree a dos ratones que le están royendo las dos alas del corazón, ni a una fuentecilla de sangre que le ha brotado en la cabeza del píloro, como usted dice. Simplemente, Gobernador: usted por un lado tiene un oficio muy difícil; y por otro lado, abdicar usted no quiere o no puede. Mussolini dijo que para gobernar un pueblo moderno hay que tener vocación de mártir; y usted reculadelante del martirio y también delante de la renuncia, y dese modo se refugia en el compromiso del mal de melancolía, estaqueado entre dos ímpetus vitales que lo quieren descuartizar, como a Tupac-Amaru el famoso. -¿Quiere decir todo eso -articuló Sancho todo encendido y con los ojos saltados- que en realidad yo no estoy enfermo?

-Así es, Esplendencia, en cierto sentido; si vamos a ser francos; o si está enfermo, se puede curar queriendo solamente, pero queriendo de veras, que es la cosa más difícil que existe.

-¡Mentira! -gritó Sancho furioso-. ¡Eso es tratarme de nerausténico, que es una manera fina que tiene la gente chic de llamarse locos! ¡Desacato a la autoridad gobernaril! Pena lesae! Pena lesae! Pena lesae mayestatis! Y alzándose con unos bríos que nadie le sospechara, mandó que ipso facto al doctor Flaco le cortaran la cabeza y que entrase inmediatamente a tallar el doctor Gordo.

El doctor Gordo era mofletudo, flamante y florido; nadie nunca lo había visto pelarse los codos ni las cejas, pero tenía una mano de pastelero, una labia de Doctor y una confianza en sí mismo que era un amor: lo que prueba que, en medicina, la ciencia no es todo.

Volvió a examinar y a resobar a Sancho por todos lados, con grandes resoplidos y exclamos, mascullando palabras griegas; y después de aplicarle los astrolabios y una botella de Leyden, formuló su diagnóstico del modo siguiente:

-Excelsa y divina Majestad: Su Excelsitud padece la más rara y peregrina dolencia que registran los anales -[131]- -132- de Eróstrato, y que sólo ataca a los cerebros privilegiados: he nombrado la llamada epiglisumia tantálica, complicada con gran

inflamación hiperzoótica de las anastomosis del plexo solar, que si no se ataja a tiempo puede producir hasta una flogosis de las noohorméteras ¡qué digo!, hasta una parkinsonización de los elementos.

[Página 131]

-¿Y qué tengo que hacer para sanarme? -exclamó Sancho todo suspenso y asustado.

-Solamente un remedio queda: dormir una noche con la camisa de un hombre feliz -exclamó el doctor Gordo con prosopopeya, después de lo cual acató al regio enfermo y salió de la sala orondamente sin volver la cabeza, en medio de dos filas de Cortesanos estupefactos. Mandó Sancho al instante al doctor Pedro Recio que le buscara un hombre feliz; de lo cual se regocijaron internamente todos los Cortesanos, sabiendo que un hombre feliz no existe, por lo cual peligraba la cabeza deste doctor Recio, que ninguno dellos amaba, ya que venía ocupando por más de diez años un alto cargo de 10000 escudos o sanmartines mensuales. Pero cuál no fue la sorpresa de todos, al verlo regresar a la media hora trayendo a un señor de chaqueta, alto, rollizo y robusto, mal afeitado, de modales abiertos y campechanos y de resonante acústica; y diciendo:

-Aquí está un hombre feliz.

-¿Es usted feliz? -dijo Sancho.

-Lo soy.

-Sáquenle inmediatamente la camisa.

Sonrieron todos los Cortesanos y se frotaron con fruición las manos, sabiendo perfectamente por la misma Historia oficial de la Ínsula Acatháurica que el Hombre Feliz no tenía camisa: y por ende peligraba otra vez la cabeza de Pedro Recio. Pero su sorpresa no tuvo límites cuando vieron aparecer un amplio camisón de cefir a rayas verdes y rojas que pasó volando a las manos de Sancho, mientras le alcanzaban a toda prisa una salida de baño al velludo y globuloso descamisado.

Tomó Sancho la prenda en sus manos y la consideró por todos lados largamente con cierta visible aprensión; por lo cual todos los Cortesanos no pudieron menos de mostrar una cierta aprensión; después de lo cual levantó -133- Sancho la barbicaída testa y se entabló entre los dos el siguiente diálogo:

SANCHO.- ¿De veras es feliz usted?

HOMBRE.- Positivamente endeveras.

SANCHO.- ¿Y por qué?

HOMBRE.- Porque soy un ocioso; y un ocioso tiene tantas cosas que hacer, que no tiene tiempo de aburrirse.

SANCHO.- ¿Y cómo come?

HOMBRE.- Me paga el pueblo soberano.

SANCHO.- ¿Para qué?

HOMBRE.- Para que hable.

SANCHO.- ¿Para que hable?

HOMBRE.- Se comprende: para que delibere. Para que hable

deliberando y delibere hablando.

SANCHO.- ¿Qué es delibere?

HOMBRE.- Delibere, señor Gobernador, es la expresión y defensa de la Democracia. Se trata de hablar encomiásticamente y sesudamente delante de un alto Cuerpo Colegiante, en forma que prosperen no sólo los intereses de la nación entera sino la conculcación de las ideologías que conducen al progreso y a la ilustración de la Humanidad civilizada.

SANCHO.- ¿Y cuáles son estos asuntos, si se puede saber?

HOMBRE.- Con tal que usted no hable ni de la suciedad y abandono de las calles, ni de las chapas nomencláticas que faltan en las esquinas, ni del empedrado caro y arbitrario, ni de la horrenda y anárquica edificación urbana, ni del problema atroz de los ruidos, ni de la ordenación del tránsito callejero, ni de hacer plazas y jardines para el pueblo pobre, ni nada por el estilo, usted, ch'amigo Gobernador, puede tocar todo otro tópico que conduzca a la eflorescencia de una nación libre, abierta a todos los hombres de buena voluntad, sin diferencia de razas ni religiones.

SANCHO.- Me parece que no queda nada.

HOMBRE.- Sí, estimado colega. Por ejemplo: usted puede tratar de Rumania, de la politiquería nacional, del personalismo que largó contra usted el otro colega el otro día, de las dictaduras totalitarias, de una moción de orden y de cuarto intermedio, de la nueva pileta higiénica municipal, -134- de las efectividades conducentes al logro, de la invasión de Noruega y de Inglaterra, de la quinta colupna, de los premios municipales, del segundo frente, de los argentinos cencentrados en los campos de Francia, de la liberación del obrero, del salón de arte municipal; de los premios municipales de poesía, drama, ensayos, filosofía, numismática y democracia; y así de mil otros elencos gaseosos y electrizantes que lo ponen a uno boyante y satisfecho y lo preconizan delante de las masas populares, con vistas a pasar al Congreso.

SANCHO.- ¿Y después?

HOMBRE.- Y después, cuando menos te lo piensas, te cae a casa al anochecer un señor en auto a traerte unos cuantos miles de patacones en títulos que te ruega que embolse sin la menor dilación con tal que calles esto o digas aquesto, votes aquello o desvotes lo otro, todas cosas que no pueden hacer daño a nadie, y dependen de operaciones complicadas que tienen lugar en Europa, y no hay por qué nosotros los criollos andemos preocupándonos, que ni siquiera se entienden y están llenas de tepnicismos. ¡Qué país, amigo! ¡Qué país éste! ¡Pero qué país rico! ¡Qué país más lindo! ¡No hay país como éste, Sancho hermano, y la raza criolla a que pertenecemos, usted por nacimiento y yo por naturalizamiento!

Oyó Sancho toda esta tirada, dicha en arrogante voz y gallarda apostura, todo estupefacto y perplejo; y después despalancó los ojos y alzándose del trono dijo con júbilo:

-Te conozco, mascarita. Ya sé quién sois. Vos sois un...

-¡Eso mismo, lo adivinaste, aparcerero! -dijo el hombre-. ¡Concejál! Cadisto Segbadesco, pa su servicio y el de su madre. ¡Vengan esos

brazos y aprenda la ciencia de gobernar sin matarse ni volverse loco!

Cayó Sancho en los brazos del hombre del toallón, teniendo aún la camisa verde en las manos; y fue tal el júbilo que le dio al verlo tan garifo, tan ufano él, tan contento, tan reposado, tan lleno de sí mismo, tan bruto, tan plantado en la vida, que de un golpe se le fue el mal de melancolía. «Mirá un poco los bichos de Dios que andad por la tierra, Sancho, si no da gloria solamente el contemplarlos -135- -se decía a voces el Gobernador llorando de consuelo- y no te hagás tanta mala sangre por tus fallas y pecados».

Al decir esto, se inmutó horriblemente Sancho, acordándose así como en sueños de una brutalidad y un pecado que había hecho esa misma mañana medio en sueños; porque al hombre que manda, el poder se le sube a la cabeza como el vino. Pero he aquí que entró el Doctor Pedro Recio todo regocijado por la milagrosa curación del amo, para avisarle que la ejecución del doctor Flaco que él había ordenado en un rapto no se llevó a cabo, puesto que el guardabosque encargado della, a quien el Capellán guiñara el ojo, había dejado escapar al médico en desgracia y había traído en cambio del bosque una camisa manchada en sangre de perro.

Visto lo cual, dio el recobrado Gobernador la señal de los festejos, los cuales consistieron ese día principalmente en un sufragio universal con acompañamiento de fraudes, intervenciones, peculados y homicidios con una procesión de antorchas de todos los niños fiscales hasta el Palacio de Gobierno de la Ínsula.

16. La Muchacha Moderna

«No, no, Sancho amigo: huye, huye destos inconvenientes; que quien las echa de hablador y de gracioso, al primer puntapié cae y da en truhán desgraciado».

Cervantes

Apenas hubo el rubicundo Apolo su auribronceado esmalte extendido por la sobrehaz ebúrnea de la espaciosa urbe y sus contiguos campos, cuando ingresó el nuevo Gobernador a la Sala de las Equívocas Equivalencias para resolver los asuntos del día. Apenas se hubo sentado en su trono, cuando el doctor Pedro Recio le presentó para su examen un ser de inmane catadura.

-¿Qué es esto, doctor Recio?

-Una Muchacha Moderna. O nueva ola como las llaman.

-¿Qué quiere?

-Ser nombrada Inspectora de Educación Física de todos los varones de la Ínsula.

Miró Sancho a la interfecta, la cual parecía un automóvil de luto por dos grandes gafas negras que traía, y dejando aparte los

vestidos, traía en vez de chapines o chinelas unos grandes borceguíes o sea alpargatas de lona blanca con suela de lo mismo, marca Silencioso Kelly, y en la mano una especie de máquina de matar moscas tamaño superlativo con una banda en el pecho que decía: «Campeona de tenis, salto en alto, en bajo, en profundidad, cabeza abajo y mortales de todas clases», mientras saboreaba voluptuosamente un gran toscano de a dos por cinco, de ésos que fuman los boteros de la Boca.

-138-

Después de lo cual se entabló entre ella y el Gobernador el siguiente diálogo:

S.- ¿Usted es una Muchacha Moderna?

M.- Áraca -dijo ella.

S.- ¿Y por qué?

M.- Porque ya no somos como las antiguas.

S.- ¿Y en qué se diferencian?

M.- En todo. Nosotras fumamos, nosotras chupamos, nosotras somos volantes, nosotras tenemos revistas para nosotras solas, no aptas para hombres, y a los hombres los tenemos bien achatados y no los hacemos el menor caso, como si no existieran, puesto que es hora que acaben los tiranos en el mundo.

-¿Y no leen novelas de Carlota Braemé?

-Nosotras leemos a Proust, Gide, Valéry, Mallarme, Mallea, la revista Atlántida y la filosofía de Einstein.

-¿Y no tejen escarpines y manguitos para los sobrinos?

-Nosotras damos conferencias por radio, porque sobrinos no tenemos ni tampoco los queremos.

Consideró Sancho a su interlocutora con mudo asombro y desconuelo, en tanto que ella empezó a contonearse y caminar con las puntas para adentro como los boteros de la Boca; y entonces Sancho le dijo:

-¿Qué es el amor?

-El amor no existe -dijo ella.

-La belleza... -empezó Sancho.

-La belleza física suele estar en proporción inversa de la inteligencia: por eso las cabezas de los obispos suelen ser tan majestuosas, dijo el genial Oscar Wilde.

-¿Usted nunca se ha paseado lentamente en un jardín al claro de la luna?

-¡Abajo la luna! -exclamó con rabia la doncella.

-¿Usted nunca ha llorado de amor?

-¡Ja, ja, ja! (con carcajada cínica). ¡Ja, ja, ja! Nosotras no lloramos nunca y al amor lo hemos aniquilado.

-Vistiéndose de ese modo... -empezó Sancho.

-Lo hemos aniquilado dentro de nosotras.

-¿Y qué es el hombre?

-El hombre es un camarada, un compañero de trabajo, un ser infecto, una porquería, aunque sumamente -[139]- -140- útil para hacer mandados. Al hombre nosotras lo vamos a atar corto. La Revolución Francesa proclamó los Derechos del Hombre. Nosotras hemos proclamado los Derechos de la Mujer.

[Página 140]

-Pero deveras, dígame la verdad, ¿usted nunca ha llorado de amor ni por broma, o sea, con esa mañita de llorar a destiempo que tenían en mi tiempo las mujeres?

Mirolo la interfecta llena de rabia y contestó con cierta vacilación.

-La única vez que he llorado en mi vida fue en una conferencia que dio Derrota Ovilla sobre el suicidio de Alfonsina Lorca.

Quedose Sancho terriblemente suspenso al oír esto sin saber si le daría o no el cargo de Inspectora General de Educación Física; por lo cual todos los Cortesanos que daron también suspensos, sin saber si le darían el dicho cargo. Pero en ese instante tuvo el doctor Pedro Recio una idea genial y fue que, tomando una mandolina, se bajó al pie del alto ventanal del palacio y empezó a entonar con la atiplada voz de sus mocedades -¡ay! ya idas- una canción tango en brasileño del Maestro del Cancionero Rioplatense llamado un tal Gardelito Canaro -o Canario, que en esto no están conformes los cronistas-, que empezaba así, si no mienten las historias:

«Se avessi un mandolino
o pure un buon violino,
mio amor te canterei, sí, sí,
mio amor te canterei aquí.
Ma senza uno stromento
non c'e caso di vento
e allora ¿qué faréi? sí, sí,
te lo f ischio cosí,
te lo fischio cosí-í-í-í-í».

A cuyo dulce y tierno son apenas comenzado, empezó a llorar como una desesperada la interfecta, con grandes goterones que le cortaban como surcos la costra del colorete tono Rosa-Hada o Pétalo; pero lo grave del caso fue que se precipitó al Gobernador y tomándolo todo entero en sus robustos brazos empezó a decirle adorado -141-
mío, mi tesoro, mi vida, mi corazón, mi todo, mi perrito, mi pomerania, mi partner, y todo el vocabulario, que Sancho se quedó enteramente sin resuello y al principio no sabía qué hacer, hasta que empezó a ordenar a los gritos:

-¡Cierren la puerta! ¡Cierren la puerta! ¡Y al primero que le cuente esto a mi mujer, lo mando a la cárcel por cuarenta años!

Y en efecto, de todo esto Sancho evidentemente no tenía la menor culpa, como testimonió inmediatamente el Capellán, sino aquel dominio del doctor Pedro Recio de Mal Agüero. Por lo cual reportándose Sancho inmediatamente, y recobrando toda su dignidad

perdida, aunque le ardían los cachetes como dos magnos pimientos morrones, dio un golpe con la tranca en el suelo y dictó el siguiente

Decreto

¡Abajo la luna!

¡Abajo los claros de luna, las serenatas, los mandolines, los claveles, los parques otoñales, los madrigales, los suspiros románticos, las querellas, las poesías de Amado Nervo, la primavera, y la inmortal pareja de Verona! ¡Viva el aluminio!

¡Viva la civilización fachista, la mujer en su casa y Dios con todos!

¡Mueran los inmundos, salvajes y asquerosos poetas rubendarianos y amadonervianos! Año sexto de la liberación insulínica.

Considerando:

1. Que por reacción contra los empalagosos poetas del siglo pasado, que las ponían de huríes, sílfides, ninfas y linfas que era un asco, las mujeres se han vuelto demasiado musculares y masculinas, en lo cual yo les doy la razón en parte;

2. Que la educación física es un gran bien, pero perder la vergüenza y no saber coser botones es por el contrario un mal;

-142-

3. Que las Muchachas Modernas gracias a Dios son en lo esencial lo mismo que las antiguas, sacando dos o tres cosas de mal gusto que la culpa la tienen los padres y las madres... y los varones jóvenes en general.

Determino y decreto:

1. Aumentar en un 75 por ciento el impuesto a las Muchachas Modernas.

2. Destinar un tercio de mis rentas personales a la antigua y delicada obra de misericordia de San Antonio de Padua llamada «dotar doncellas».

3. Confiscarle a la presente la raqueta de tennis y el paquete de toscanos, y regalarle isofasto una fuente de plata, un aguamanil, dos blanquísimas y riquísimas toallas y una redonda pella de jabón napolitano, prohibiéndole por tres meses que camine como los marineros de la Boca.

4. Prohibir que toda doncella destes reinos se dedique a la forja, a la minería, a la guerra, a carreras de a pie o a caballo, al fútbol, al rugby, al profesorado de filosofía y matemáticas, a componer asfalto, a la agronomía y a toda clase de trabajos hercúleos y atléticos.

5. Mandar que las más hermosas doncellas destes reinos sirvan de ornamento y decoro en los estrados de las reinas, sean del cielo o de la tierra, como ser la Iglesia Católica y el salón de mi Señora la Gobernadora, ocupándose allí de hacer encajes de randas y volandillos, dulces y merengues, de visitar presos, enfermos y desconsolados y de salir en procesiones vestidas de Vírgenes, Mártires, Ángeles, Santas y toda la corte celestial...

Dictado lo cual y puestas las rúbricas de rúbrica, dio el feliz Gobernador la señal de los festejos, los cuales consistieron aquel

día principalmente en el obelisco con chistera, bigotes y monóculo, lo cual le daba una apariencia de profunda dignidad y reverencia.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

